



Antología LibrosEnRed 10 años

Cuentos fantásticos clásicos en idioma español

Selección de autores

Cuentos

 libros
en red

Antología LibrosEnRed 10 años

Cuentos fantásticos clásicos
en idioma español

Don Juan Manuel, Ricardo Palma, Eduardo
Blanco, Manuel José Othón, Rubén Darío,
Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga

Selección y prólogo: Ivana Basset

Colección

[Cuentos](#)



www.librosenred.com

Dirección General: Marcelo Perazolo
Dirección de Contenidos: Ivana Basset
Diseño de cubierta: Daniela Ferrán
Diagramación de interiores: Iván Moretti

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición en español en versión digital
© LibrosEnRed, 2010
Una marca registrada de Amertown International S.A.

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite www.librosenred.com

ÍNDICE

Prólogo, por Ivana Basset	5
Cuento XI [De <i>El conde Lucanor</i>]. De lo que aconteció a un deán de Santiago con don Illán, gran maestro que moraba en Toledo, por Don Juan Manuel	8
Dónde y cómo el diablo perdió el poncho. Cuento disparatado, por Ricardo Palma	12
El número 111. Aventuras de una noche de ópera, por Eduardo Blanco	18
Encuentro pavoroso, por Manuel José Othón	31
El caso de la señorita Amelia, por Rubén Darío	39
Yzur, por Leopoldo Lugones	44
El almohadón de plumas, por Horacio Quiroga	51
Editorial LibrosEnRed	55

PRÓLOGO

IVANA BASSET

Es inevitable: los años *redondos*, terminados en cero, se nos presentan como el fin de una etapa y el comienzo de otra.

De por sí vivir en el siglo *xxi* arrastra una carga de proyecciones futuristas y ánimos vacilantes: decenas de cuentos, novelas y películas procuraron anticipar, con postulados de ciencia ficción, cómo sería esta etapa que —para esas obras— era aún lejana, pero que, para nosotros, ya es presente.

Por si esto fuera poco, vivimos en una época en que las mejoras tecnológicas se suceden a sí mismas de manera vertiginosa y cada vez más veloz.

Cuando todas estas circunstancias se juntan y tenemos, para resumir, que en el año *2010* una editorial *digital* —que edita y vende *e-books* y *PODs* por Internet—, cumple 10 años *on line*, toda esa sensación de haber dejado atrás un capítulo de la historia, de estar en el umbral del futuro y de experimentar tiempos inciertos se potencia por tres.

Y por esto es que, en esta fecha especial, la de nuestro décimo aniversario, decidimos publicar una antología de cuentos fantásticos. El fantástico, género reactivo a su contexto por excelencia, es el reverso del discurso establecido —cuestiona la ciencia, los valores fijados, la tradición— y refleja las metamorfosis culturales de la razón y del imaginario colectivo.

Al leer textos fantásticos, lo que sentimos es inquietud: el fantástico nos intranquiliza al dar cuenta de cómo el mundo ha perdido la regularización y legalidad que le conocíamos. Si, por ejemplo, el discurso científico oficial muestra celebratoriamente determinados avances, la narrativa fantástica señalará de modo más o menos directo las falencias y amenazas que estos progresos traen aparejados.

Teniendo esto en cuenta, nosotros quisimos ver cómo las generaciones pasadas (en particular, autores de distintos países de habla hispana) lidiaron con los cambios que percibían en su entorno inmediato. Salvo en el caso de don Juan Manuel, que se enfrentaba, en la Edad Media toledana, al surgimiento de la burguesía y a la pérdida del *statu quo*, los autores elegidos han escrito en la segunda mitad del siglo *xix*, época de definición de las identidades nacionales, o a principios del *xx*, cuando se volvía necesario

comprender el acelerado proceso de modernización que finalmente llegaba a América.

Los cuentos elegidos para esta antología son siete. Por orden de nacimiento de sus autores, aparece primero el "Cuento XI. De lo que aconteció a un deán de Santiago con don Illán, gran maestro que moraba en Toledo", de *El conde Lucanor*, ejemplario o colección de relatos edificantes (breves cuentos enmarcados en una conversación, que por supuesto llevan moraleja) de Don Juan Manuel (1282-1348).

Luego sigue "Dónde y cómo el diablo perdió el poncho. Cuento disparatado", del escritor peruano Ricardo Palma (1833-1919), pieza de prosa graciosa, llena de metáforas chispeantes, comparaciones cómicas, anacronismos simpáticos y apodosos ocurrentes. Este cuento en particular es una de sus *tradiciones*, definidas por el escritor argentino César Aira como "género que él inventó y llevó a su perfección" y "breves relatos basados en anécdotas de la historia menor (del virreinato en general, aunque admiten leyendas anteriores) desarrollados con su peculiar humor, criollo e hispánico".

Seguimos con "El número 111. Aventuras de una noche de ópera", el primer relato de Eduardo Blanco (1839-1912), novelista e historiador romántico de Venezuela, que, en este cuento y como ocurre en el caso del anterior, toma el clásico motivo del diablo.

"Encuentro pavoroso" es uno de los típicos cuentos de "espanto" de Manuel José Othón (México, 1858-1906), definidos por José Emilio Pacheco como "esfuerzos por adaptar el estilo cervantino al ambiente rural mexicano y galvanizarlo con un hálito de Edgar Allan Poe". Estas influencias —la del contexto cultural local, la de la más alta tradición española y la del tratamiento del horror en Poe— se verifican en el presente relato.

"El caso de la señorita Amelia", del nicaragüense Rubén Darío (1867-1916) —más célebre por sus poemas que por su prosa, pero virtuoso también en esta faceta artística—, se apoya en la alteración temporal y el recurso del relato en primera persona.

Con "Yzur", Leopoldo Lugones (Argentina, 1874-1938) se aproxima a otro cuento, escrito en otra parte del mundo y en otro idioma, el "Informe para una Academia", del checo Franz Kafka. Los dos textos dan cuenta de cómo ingresan al mundo de la ficción las nociones de selección natural y teoría de la evolución de las especies. Solo que, a diferencia de la propuesta científica, que se ilusiona con una humanidad que puede ser siempre más perfecta, la literatura juega con la idea de la regresión a un estado primitivo —la

involución— y con la de que los vínculos con lo animal siguen más vigentes de lo que se creía. Más que seguir la línea del origen animal de la especie humana, estos cuentos refuerzan la *humanidad* del animal y la *bestialización* del hombre.

Finalmente, “El almohadón de plumas”, de Horacio Quiroga (Uruguay, 1878-1937), constituye un exquisito giro del género fantástico (incluso se insinúa en algún momento como historia de vampiros —y no precisamente por el parásito—) a la tranquilizadora explicación pseudocientífica.

Del tema del pacto con el diablo a la contracara de la ciencia moderna; desde el romanticismo, hasta el modernismo e incluso el expresionismo, esta *Antología LibrosEnRed 10 años. Cuentos fantásticos clásicos en idioma español* procura seguir la exploración que determinados autores, en determinados contextos históricos de cambio y de revoluciones culturales, emprendieron para intentar explicarse una realidad confusa e inestable. Esa búsqueda se dirigió no a respuestas prefabricadas ni a dogmas heredados de la tradición, sino hacia preguntas novedosas y postulaciones sugestivas, y en esto radica tanto el interés histórico como literario de los cuentos aquí reunidos.

Esperamos que los disfruten.

CUENTO XI [DE *EL CONDE LUCANOR*]. DE LO QUE ACONTECIÓ A UN DEÁN DE SANTIAGO CON DON ILLÁN, GRAN MAESTRO QUE MORABA EN TOLEDO

DON JUAN MANUEL

Otro día hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y contábale sus asuntos de esta guisa:

-Patronio, un hombre vino a rogarme que le ayudase en un hecho en que había menester mi ayuda, y prometiome que haría por mí todas las cosas que fuesen mi pro y mi honra. Y yo comencele a ayudar cuanto pude en aquel hecho. Y antes de que el negocio fuese acabado, creyendo él que ya el negocio suyo estaba resuelto, acaeció una cosa en que cumplía que él la hiciese por mí, y rogueme que la hiciese y él púsome excusa. Y después acaeció otra cosa que él hubiese podido hacer por mí, y púsome otrosí excusa: y esto me hizo en todo lo que yo le rogué que hiciese por mí. Y aquel hecho por el que él me rogó, no está aún resuelto, ni se resolverá si yo no quiero. Y por la confianza que yo he en vos y en el vuestro entendimiento, ruégoos que me aconsejéis lo que haga en esto.

—Señor conde —dijo Patronio—, para que vos hagáis en esto lo que vos debéis, mucho querría que supieseis lo que aconteció a un deán de Santiago con don Illán, el gran maestro que moraba en Toledo.

Y el conde le preguntó cómo había sido aquello.

—Señor conde —dijo Patronio—, en Santiago había un deán que había muy gran talante de saber el arte de la nigromancia, y oyó decir que don Illán de Toledo sabía de ello más que ninguno que viviese en aquella sazón. Y por ello vínose para Toledo para aprender aquella ciencia. Y el día que llegó a Toledo, enderezó luego a casa de don Illán y hallolo que estaba leyendo en una cámara muy apartada; y luego que llegó a él, recibíolo muy bien y díjole que no quería que le dijese ninguna cosa de aquello por lo que venía hasta que hubiesen comido. Y cuidó muy bien de él e hizole dar muy buena posada, y todo lo que hubo menester, y dióle a entender que le placía mucho con su venida.

Y después que hubieron comido, apartose con él y contole la razón por la que allí había venido, y rogole muy apremiadamente que le mostrase

aquella ciencia, que él había muy gran talante de aprenderla. Y don Illán díjole que él era deán y hombre de gran rango y que podría llegar a gran estado y los hombres que gran estado tienen, desde que todo lo suyo han resuelto a su voluntad, olvidan muy deprisa lo que otro ha hecho por ellos. Y él, que recelaba que desde que él hubiese aprendido de él aquello que él quería saber, que no le haría tanto bien como él le prometía. Y el deán le prometió y le aseguró que de cualquier bien que él tuviese, que nunca haría sino lo que él mandase.

Y en estas hablas estuvieron desde que hubieron yantado hasta que fue hora de cena. De que su pleito fue bien asesegado entre ellos, dijo don Illán al deán que aquella ciencia no se podía aprender sino en lugar muy apartado y que luego, esa noche, le quería mostrar dó habían de estar hasta que hubiese aprendido aquello que él quería saber. Y tomole por la mano y llevole a una cámara. Y, en apartándose de la otra gente, llamó a una manceba de su casa y díjole que tuviese perdices para que cenasen esa noche, mas que no las pusiese a asar hasta que él se lo mandase.

Y desde que esto hubo dicho llamó al deán; y entraron ambos por una escalera de piedra muy bien labrada y fueron descendiendo por ella muy gran rato de guisa que parecía que estaban tan bajos que pasaba el río Tajo sobre ellos. Y desde que estuvieron al final de la escalera, hallaron una posada muy buena, y una cámara muy adornada que allí había, donde estaban los libros y el estudio en que había de leer. Y desde que se sentaron, estaban parando mientes en cuáles libros habían de comenzar. Y estando ellos en esto, entraron dos hombres por la puerta y diéronle una carta que le enviaba el arzobispo, su tío, en que le hacía saber que estaba muy doliente y que le enviaba rogar que, si le quería ver vivo, que se fuese luego para él. Al deán le pesó mucho de estas nuevas; lo uno por la dolencia de su tío, y lo otro porque receló que había de dejar su estudio que había comenzado. Pero puso en su corazón el no dejar aquel estudio tan deprisa e hizo sus cartas de respuesta y enviolas al arzobispo su tío. Y de allí a unos tres días llegaron otros hombres a pie que traían otras cartas al deán, en que le hacían saber que el arzobispo era finado, y que estaban todos los de la iglesia en su elección y que fiaban en que, por la merced de Dios, que le elegirían a él, y por esta razón que no se apresurase a ir a la iglesia. Porque mejor era para él que le eligiesen estando en otra parte, que no estando en la Iglesia.

Y de allí al cabo de siete o de ocho días, vinieron dos escuderos muy bien vestidos y muy bien aparejados, y cuando llegaron a él besáronle la mano y mostráronle las cartas que decían cómo le habían elegido arzobispo. Y cuando don Illán esto oyó, fue al electo y díjole cómo agradecía mucho a Dios porque estas buenas nuevas le habían llegado en su casa; y pues Dios

tanto bien le había hecho, que le pedía como merced que el deanato que quedaba vacante que lo diese a un hijo suyo. El electo díjole que le rogaba que le quisiese permitir que aquel deanato que lo hubiese un su hermano; mas que el haría bien de guisa que él quedase contento, y que le rogaba que se fuese con él para Santiago y que llevase él a aquel su hijo. Don Illán dijo que lo haría.

Y fuéronse para Santiago; y cuando allí llegaron fueron muy bien recibidos y muy honrosamente. Y desde que moraron allí un tiempo, un día llegaron al arzobispo mandaderos del papa con sus cartas en las cuales le daba el obispado de Tolosa, y que le concedía la gracia de que pudiese dar el arzobispado a quien quisiese. Cuando don Illán esto oyó, recordándole muy apremiadamente lo que con él había convenido, pidiole como merced que lo diese a su hijo; y el arzobispo le rogó que consintiese que lo hubiese un su tío, hermano de su padre. Y don Illán dijo que bien entendía que le hacía gran tuerto, pero que esto que lo consentía con tal de que estuviese seguro de que se lo enmendaría más adelante. El arzobispo le prometió de toda guisa que lo haría así y rogolo que fuese con él a Tolosa.

Y desde que llegaron a Tolosa, fueron muy bien recibidos de los condes y de cuantos hombres buenos había en la tierra. Y desde que hubieron allí morado hasta dos años. Llegáronle mandaderos del papa con sus cartas en las cuales le hacía el papa cardenal y que le concedía la gracia de que diese el obispado de Tolosa a quien quisiese. Entonces fue a él don Illán y díjole que, pues tantas veces le había fallado en lo que con él había acordado, que ya aquí no había lugar para ponerle excusa ninguna, que no diese alguna de aquellas dignidades a su hijo. Y el cardenal rogole que consintiese que hubiese aquel obispado un su tío, hermano de su madre, que era hombre bueno y anciano; mas que, pues él cardenal era, que se fuese con él para la corte, que asaz había en que hacerle bien. Y don Illán quejose de ello mucho, pero consintió en lo que el cardenal quiso, y fuese con él para la corte.

Y desde que allí llegaron, fueron muy bien recibidos por los cardenales y por cuantos allí estaban en la corte, y moraron allí muy gran tiempo. Y don Illán apremiando cada día al cardenal que le hiciese alguna gracia a su hijo, y él poníale excusas.

Y estando así en la corte, finó el papa; y todos los cardenales eligieron a aquel cardenal por papa. Entonces fue a él don Illán y díjole que ya no podía poner excusa para no cumplir lo que le había prometido. Y el papa le dijo que no le apremiase tanto, que siempre habría lugar para que le hiciese merced según fuese razón. Y don Illán se comenzó a quejar mucho, recordándole cuántas cosas le había prometido y que nunca le había cumplido ninguna, y diciéndole que aquello recelaba él la primera vez que con

él había hablado y pues que a aquel estado era llegado y no le cumplía lo que le había prometido, que ya no le quedaba lugar para esperar de él bien ninguno. De esta queja se quejó mucho el papa y comenzole a maltraer diciéndole que, si más le apremiase, que le haría echar en una cárcel, que era hereje y mago, que bien sabía él que no había otra vida ni otro oficio en Toledo donde él moraba, sino vivir de aquel arte de la nigromancia.

Y desde que don Illán vio cuán mal galardonaba el papa lo que por él había hecho, despidiose de él y ni siquiera le quiso dar el papa que comiese por el camino. Entonces don Illán dijo al papa que pues otra cosa no tenía para comer, que se habría de tornar a las perdices que había mandado a asar aquella noche, y llamó a la mujer y díjole que asase las perdices.

Cuando esto dijo don Illán, se halló el papa en Toledo, deán de Santiago, como lo era cuando allí vino, y tan grande fue la vergüenza que hubo, que no supo qué decirle. Y don Illán díjole que se fuese con buena ventura y que asaz había probado lo que tenía en él, y que lo tendría por muy mal empleado si comiese su parte de las perdices.

Y vos, señor conde Lucanor, pues veis que tanto hacéis por aquel hombre que os demanda ayuda y no os da de ello mejores gracias, tengo que no habéis por qué trabajar ni aventuraros mucho para llevarlo a ocasión en que os dé tal galardón como el deán dio a don Illán.

El conde tuvo éste por buen consejo, e hizolo así y hallose en ello bien.

Y porque entendió don Juan que este ejemplo era muy bueno, hizolo escribir en este libro e hizo de ello estos versos que dicen así:

*Del que vuestra ayuda no reconociere,
menos se podrá esperar cuando más alto subiere*

FIN

DÓNDE Y CÓMO EL DIABLO PERDIÓ EL PONCHO. CUENTO DISPARATADO

RICARDO PALMA

“Y sépase usted, querido, que perdí la chabeta y anduve en mula chúcara y con estribos largos por una muchacha nacida en la tierra donde al diablo le quitaron el poncho”.

Así terminaba la narración de una de las aventuras de su mocedad mi amigo don Adeodato de la Mentirola, anciano que militó al lado del coronel realista Sanjuanena y que hoy mismo prefiere a todas las repúblicas teóricas y prácticas, habidas y por haber, el paternal gobierno de Fernando VII. Quitándole esta debilidad o manta, es mi amigo don Adeodato una alhaja de gran precio. Nadie mejor informado que en los trapicheos de Bolívar con las limeñas, ni nadie como él sabe al dedillo la antigua crónica escandalosa de esta ciudad de los reyes. Cuenta las cosas con cierta llaneza de lenguaje que pasma; y yo, que me pirro por averiguar la vida y milagros, no de los que viven, sino de los que están pudriendo tierra y criando malvas con el cogote, ando pegado a él como botón a la camisa, y le doy cuerda, y el señor de la Mentirola afloja lengua.

—¿Y dónde y cómo fue que el diablo perdió el poncho? —le interrogué.

—¡Cómo! ¿Y usted que hace décimas y que la echa de cronista o de historietista y que escribe en los papeles públicos y que ha sido diputado a Congreso ignora lo que en mi tiempo sabían hasta los chicos de la amiga? Así son las reputaciones literarias desde que entró la Patria. ¡Hojarasca y soplillo! ¡Oropel, puro oropel!

—¡Qué quiere usted, don Adeodato! Confieso mi ignorancia y ruégole que me ilustre; que enseñar al que no sabe precepto es de la doctrina cristiana.

Parece que el contemporáneo de Pezuela y Laserna se sintió halagado con mi humildad; porque tras encender un cigarrillo se arrellanó cómodamente en el sillón y soltó la sin hueso con el relato que va en seguida. Por supuesto que, como ustedes saben, ni Cristo ni sus discípulos soñaron en trasmontar los Andes (aunque doctísimos historiadores afirman que el apóstol Tomás o Tomé predicó el Evangelio en América), ni en esos tiempos se conocían el telégrafo, el vapor y la imprenta. Pero háganse ustedes

los de la vista miope con estos y otros anacronismos, y ahí va *ad pedem litterae* la conseja.

I

Pues, señor, cuando Nuestro Señor Jesucristo peregrinaba por el mundo, caballero en mansísima borrica, dando vista a los ciegos y devolviendo a los tullidos el uso y abuso de sus miembros, llegó a una región donde la arena formaba horizonte. De trecho en trecho alzábase enhiesta y gárrula una palmera, bajo cuya sombra solían detenerse el Divino Maestro y sus discípulos escogidos, los que, como quien no quiere la cosa, llenaban de dátiles las alforjas.

Aquel arsenal parecía ser eterno; algo así como Dios, sin principio ni fin. Caía la tarde y los viajeros tenían ya entre pecho y espalda el temor de dormir sirviéndoles de tolo la bóveda estrellada, cuando con el último rayo de sol dibujose en lontananza la silueta de un campanario.

El Señor se puso la mano sobre los ojos, formando visera para mejor concentrar la visual, y dijo:

—Allí hay población. Pedro, tú que entiendes de náutica y geografía, ¿me sabrás decir qué ciudad es esa?

San Pedro se relamió con el piropo y contestó:

—Maestro, esa ciudad es Ica.

—¡Pues pica, hombre, pica!

Y todos los apóstoles hincaron con un huesecito el anca de los rucios y a galope pollinesco se encaminó la comitiva al poblado.

Cerca ya de la ciudad se apearon todos para hacer una mano de toilette. Se perfumaron las barbas con bálsamo de Judea, se ajustaron las sandalias, dieron un brochazo a la túnica y al manto, y siguieron la marcha, no sin provenir antes el buen Jesús a su apóstol favorito:

—Cuidado, Pedro, con tener malas pulgas y cortar orejas. Tus genialidades nos ponen siempre en compromisos.

El apóstol se sonrojó hasta el blanco de los ojos; y nadie habría dicho, al ver su aire bonachón y compungido, que había sido un cortacaras.

Los iqueños recibieron en palmas, como se dice, a los ilustres huéspedes; y aunque a ellos les corriera prisa continuar su viaje, tan buenas trazas se dieron los habitantes para detenerlos y fueron tales los agasajos y festejos, que se pasaron ocho días como un suspiro.

Los vinos de Elías, Boza y Falconí anduvieron a boca qué quieres. En aquellos ocho días fue Ica un remedo de la gloria. Los médicos no pelechaban, ni los boticarios vendían drogas: no hubo siquiera un dolor de muelas o un sarampioncito vergonzante.

A los escribanos les crió moho la pluma, por no tener ni un mal testimonio de que dar fe. No ocurrió la menor pelotera en los matrimonios y, lo que es verdaderamente milagroso, se les endulzó la ponzoña a las serpientes de cascabel que un naturalista llama suegras y cuñadas.

Bien se conocía que en la ciudad moraba el Sumo Bien. En Ica se respiraba paz y alegría y dicha.

La amabilidad, gracia y belleza de las iqueñas inspiraron a San Juan un soneto con estrambote, que se publicó a la vez en el Comercio Nacional y Patria. Los iqueños, entre copa y copa, comprometieron al apóstol poeta para que escribiese el Apocalipsis,

pindárico poema, inmortal obra,

donde falta razón; mas genio sobra,

como dijo un poeta amigo mío.

En estas y las otras, terminaba el octavo día, cuando el Señor recibió un parte telegráfico en que lo llamaban con urgencia a Jerusalén, para impedir que la Samaritana le arrancase el moño a la Magdalena; y recelando que el cariño popular pusiera obstáculos al viaje, llamó al jefe de los apóstoles, se encerró con él y le dijo:

—Pedro, componte como puedas; pero es preciso que con el alba tomemos el tole, sin que nos sienta alma viviente. Circunstancias hay en que tiene uno que despedirse a la francesa.

San Pedro redactó el artículo del caso en la orden general, lo puso en conocimiento de sus subalternos, y los huéspedes anochecieron y no amanecieron bajo techo.

La Municipalidad tenía dispuesto un albazo para aquella madrugada; pero se quedó con los crespos hechos. Los viajeros habían atravesado ya la laguna de Huacachina y perdiéndose en el horizonte.

Desde entonces, las aguas de Huacachina adquirieron la virtud de curar todas las dolencias, exceptuando las mordeduras de los monos bravos. Cuando habían ya puesto algunas millas de por medio, el Señor volvió el rostro a la ciudad y dijo:

—¿Conque dices, Pedro, que esta tierra se llama Ica?

—Sí, Señor, Ica.

-Pues, hombre, ¡qué tierra tan rica!

Y alzando la mano derecha, la bendijo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

II

Como los corresponsales de los periódicos hubieran escrito a Lima, describiendo larga, menuda y pomposamente los jolgorios y comilonas, recibió el Diablo, por el primer vapor de la mala de Europa, la noticia y pormenores transmitidos por todos nuestros órganos de publicidad.

Diz que Cachano se mordió de envidia el hocico, ¡pícaro trompudo!, y que exclamó:

—¡Caracoles! ¡Pues yo no he de ser menos que ÉL! No faltaba más... A mí nadie me echa la pata encima.

Y convocando incontinenti a doce de sus cortesanos, los disfrazó con las caras de los apóstoles. Porque eso sí, Cucufo sabe más que un cómico y que una coqueta en esto de adobar el rostro y, remedar fisonomías.

Pero como los corresponsales hubieran olvidado describir el traje de Cristo y el de sus discípulos, se imaginó el Maldito que, para salir del atrezo, bastaría consultar las estampas de cualquier álbum de viajes. Y sin más ni menos, él y sus camaradas se calzaron botas granaderas y echáronse sobre los hombros capa de cuatro puntas, es decir, poncho.

Los iqueños, al divisar la comitiva, creyeron que era el Señor que regresaba con sus escogidos, y salieron a recibirlo, resueltos a echar esta vez la casa por la ventana, para que no tuviese el Hombre-Dios motivo de aburrimiento y se decidiese a sentar para siempre sus reales en la ciudad.

Los iqueños eran hasta entonces felices, muy felices, archifelices. No se ocupaban de política, pagaban sin chistar la contribución, y les importaba un pepino que gobernase el preste Juan o el moro Muza. No había entre ellos chismes ni quisquillas de barrio a barrio y de casa a casa. No pensaban sino en cultivar los viñedos y hacerse todo el bien posible los unos a los otros. Rebosaban, en fin, tanta ventura y bienandanza, que daban dentera a las comarcas vecinas.

Pero Carrampempe, que no puede mirar la dicha ajena sin que le castañeen de rabia las mandíbulas, se propuso desde el primer instante meter la cola y llevarlo todo al barrisco.

Llegó el Cornudo a tiempo que se celebraba en Ica el matrimonio de un mozo como un carnero con una moza como una oveja. La pareja era como

mandada hacer de encargo, por la igualdad de condición y de caracteres de los novios, y prometía vivir siempre en paz y en gracia de Dios.

—Ni llamado con campanilla podría haber venido yo en mejor oportunidad —pensó el Demonio—. ¡Por vida de Santa Tecla, abogada de los píanos roncós!

Pero desgraciadamente para él, los novios habían confesado y comulgado aquella mañana; por ende, no tenían vigor sobre ellos las asechanzas y tentaciones del Patudo.

A las primeras copas bebidas en obsequio de la dichosa pareja, todas las cabezas se trastornaron, no con aquella alegría del espíritu, noble, expansiva y sin malicia, que reinó en los banquetes que honrara el Señor con su presencia, sino con el delirio sensual e inhumano de la materia. Un mozalbete, especie de don Juan Tenorio en agraz, principió a dirigir palabras subversivas a la novia; y una jamona, jubilada en el servicio, lanzó al novio miradas de codicia. La vieja aquella era petróleo purito, y buscaba en el joven una chispa de fosfórica correspondencia para producir un incendio que no bastasen a apagar la bomba Garibaldi ni todas las compañías de bomberos. No paró aquí la cosa.

Los abogados y escribanos se concertaron para embrollar pleitos; los médicos y boticarios celebraron acuerdo para subir el precio del aqua fontis; las suegras se propusieron sacarles los ojos a los yernos; las mujeres se tornaron pedigueñas y antojadizas de joyas y trajes de terciopelo; los hombres serios hablaron de club y de bochinche; y para decirlo de una vez, hasta los municipales vociferaron sobre la necesidad de imponer al prójimo contribución de diez centavos por cada estornudo.

Aquello era la anarquía con todos sus horrores. Bien se ve que el Rabudo andaba metido en la danza.

Y corrían las horas, y ya no se bebía por copas, sino por botellas, y los que antaño se arreglaban pacíficas monas, se arrimaron esa noche una mona tan brava... tan brava... que rayaba en hidrofóbica.

La pobre novia que, como hemos dicho, estaba en gracia de Dios, se afligía e iba de un lado para otro, rogando a todos que pusiesen paz entre dos guapos que, armados de sendas estacas, se estaban suavizando el cordobán a garrotazos.

El diablo se les ha metido en el cuerpo: no puede ser por menos —pensaba para sí la infeliz, que no iba descaminada en la presunción—, y acercándose al Uñas largas lo tomó del poncho, diciéndole:

—Pero, señor, vea usted que se matan...

—¿Y a mí qué me cuentas? —contestó con gran flema el Tiñoso—. Yo no soy de esta parroquia... ¡Que se maten enhorabuena! Mejor para el cura y para mí, que le serviré de sacristán.

La muchacha, que no podía por cierto calcular todo el alcance de una frase vulgar, le contestó:

—¡Jesús! ¡Y qué malas entrañas había su merced tenido! La cruz le hago.

Y unió la acción a la palabra.

No bien vio el Maligno los dedos de la chica formando las aspas de una cruz, cuando quiso escaparse como perro a quien ponen maza; pero, teniéndolo ella sujeto del poncho, no le quedó al Tunante más recurso que sacar la cabeza por la abertura, dejando la capa de cuatro puntas en manos de la doncella.

El Patón y sus acólitos se evaporaron, pero es fama que desde entonces viene, de vez en cuando, Su Majestad Infernal a la ciudad de Ica en busca de su poncho. Cuando tal sucede, hay larga francachela entre los monos bravos y...

Pin-pin,

San Agustín,

Que aquí el cuento tiene fin.

EL NÚMERO 111. AVENTURAS DE UNA NOCHE DE ÓPERA

EDUARDO BLANCO

*A mi inolvidable amigo el inspirado poeta
Francisco G. Pardo*

Ha transcurrido mucho tiempo y vivo está en mi alma el recuerdo de aquella noche de tentación y de extravío.

Una mala tropa de cantantes italianos inauguraba en nuestro teatro con la simpática *Lucía* la temporada musical; y numerosa y festiva concurrencia, en noche tan deseada, asistía a contemplar la cruel *ejecución* de la más bella, entre las bellas hijas del *Cisne de Bérgamo*.

Los más apuestos de nuestros pisaverdes, preparados de antemano a ejercitar irresistible seducción en las nuevas artistas, llenaban las lunetas y asataban a la escena pertinaces gemelos; no obstante que, en la graciosa curva de los palcos entre guirnaldas de flores, aéreas y gasas y deslumbradora pedrería, no faltase uno solo de aquellos astros rutilantes, tantas veces descrito por el galante *Fígaro* bajo caretas mitológicas.

Atraído por los encantos de una de estas diosas tentadoras, que, aprisionado me traía en sus redes, más que por las bellezas de la infeliz *Lucía*, dirigime al teatro, próxima ya la hora de empezar la función con el firme propósito de hacer hablar aquellos ojos plácidos que a las veces se dignaban mirarme, y de arrancarles la anhelada promesa de mi futura dicha, o la franca manifestación de mi completa desventura.

—¡Ay! ¿Si me fuera dado penetrar sus pensamientos, sería acaso feliz? Me preguntaba a cada paso; y por el pronto, el saber a qué atenerse el hombre, respecto al sentir de los demás, me parecía condición indispensable a la felicidad.

La agitación que producía en mi ánimo la inseguridad de poseer el corazón de quien llenaba el mío de inefables delicias, a par que angustiosas dudas, me indujo a meditar, con profunda amargura, en los crueles engaños a que estamos sujetos por deficiencia de nuestras limitadas facultades morales; y despechado, extraño sentimiento de rebeldía irguiose en mi interior.

Uno de mis amigos, discutidor sempiterno, con quien desgraciadamente acerté a tropezar, y a quien le espeté a quemarropa, como enrojecidas ba-

las, mis descabellados pensamientos, tuvo la ingenuidad de declarar absurdas las ideas que habían logrado preocuparme. Empeñose, a mi pesar, acalorada discusión; tarde alcancé a darle punto; llegué al teatro ya empezada la ópera, y las sentidas frases del dulcísimo alegre del dúo final del primer acto:

Verranno a te sull aure

i mici sospiri ardenti.

... ..

que entonara la tiple a mi llegada resonaron en mi alma como un tierno reproche de la mujer amada.

Lleno de aturdimiento, cual si en efecto fueran aquellos labios, que nunca para mí se habían abierto, los que tan afectuosamente hablaran a mi oído, me apresuré a solicitar mi asiento en la platea ansioso de mostrarme a los ojos que acaso me buscaban, y pedirles perdón por mi retardo. Pero difícil, si no imposible de realizar, era mi intento: compacto grupo de espectadores, hallábase en pie a la entrada del patio y me cerraba el paso. En vano pedí permiso para entrar, en vano supliqué; nadie me quiso oír, y obligado me vi a penetrar por fuerza, realizando mis deseos en cambio de unos cuantos codazos. Ya en la primera fila de los espectadores sin asiento, procuré distinguir el número del mío, y después de inútiles pesquisas, me convencí con pesar, que el codiciado objeto de mis pertinaces esfuerzos había sido ocupado, y que, a menos de incurrir en la descortesía de ir a arrancar del asiento al intruso ocupante, como se extrae una cuña, no había medio posible de obtenerlo.

Ella estaba en su palco, esplendorosa, como siempre, de hermosura y candor; pero del sitio en que me hallaba, apenas si podía divisar su casta frente, iluminada por refulgente aureola. Cuatro pasos más adelante, me hubiera atraído sus miradas y alcanzado a ver todo su cuerpo. No podía, sin embargo, adelantarme tanto, por más que lo desease, sin llamar la atención. La impaciencia torturaba mis nervios; hube, con todo, de resignarme, al fin, a esperar donde me hallaba el final de aquel acto; e irritado maldecía la contrariedad que no podía vencer, cuando uno de mis vecinos, en quien no había fijado la atención, me tocó suavemente en el hombro, e indicándome un asiento vacío, frente al palco que yo anhelaba a contemplar, me dijo con insinuante amabilidad:

–Mirad, señor mío, he ahí un asiento que os conviene.

Sorprendido por el tono obsequioso, a par que obligatorio, con que se me hacía el ofrecimiento, volvíme hacia tan amable caballero, y, a mi pesar no

pude reprimir un movimiento de sorpresa, al mirarle los ojos, de donde parecía brotar una azulada llama semejante a la fosforescencia de las luciérnagas. Este singular individuo me era completamente desconocido, y sin embargo, aquella extraña luz que alumbraba sus ojos, así como la expresión sarcástica esparcida en su rostro, despertaron en mí como un vago recuerdo: antes de aquella vez parecíame haberle visto en otra parte. ¿Dónde? No acerté a darme cuenta; acaso en las angustias de una espantosa pesadilla... no puedo asegurarlo; pero es lo cierto, que lo examiné estremeciéndome.

—Aprovechaos —insistió mi interlocutor sin fijarse en mi embarazo, y con manifiestos deseos de ser obedecido—. El número 111 está vacante; ocupadlo, es el mío.

Sin contestarle, hízole una ceremoniosa cortesía, y empujado a mi pesar hacia el referido asiento, me dirigí al número 111, del cual distaba apenas cuatro pasos, no ocultándoseme empero la maligna satisfacción que reveló el semblante de mi singular protector al verse obedecido.

Mal hallado con semejante descubrimiento, detúveme indeciso apoyando las manos en el respaldo del banco, antes de resolverme a ocuparlo; pero instantáneamente, cual si las hubiera puesto sobre un hierro enrojecido, las retiré asombrado.

—¡Esto es inaudito! —exclamé examinando mis tostados guantes—. ¡Este asiento es de fuego!

Y profundamente sorprendido, volvíme hacia el extraño personaje que me lo había indicado, para pedirle cuenta de tan extraordinaria circunstancia; pero éste había desaparecido, dejándome perplejo.

—No es posible —me dije, comenzando a dudar de la lucidez de mi razón—. Lo que he experimentado no pasa de ser un alucinamiento. Probemos de nuevo.

Esta vez fue mi mano desnuda la que aventuré a la prueba, toqué por segunda vez el respaldo del asiento en cuestión, y lleno de terror la retiré abrasada.

—No insistáis, joven no insistáis —dijo detrás de mí una voz dulce y cariñosa—. Abandonad tan temeraria empresa, y sentaos aquí a mi lado, si no queréis incendiaros el alma como os habéis quemado ya las manos.

Aturdido y sin vacilar, me dejé caer en el nuevo puesto que me ofrecían; y no pocos minutos trascurrieron antes de llegar a comprender con alguna exactitud lo que mi nuevo interlocutor se apresuró a decirme:

—Yo también he experimentado lo que vos; y más que vos he padecido de este trastorno cerebral que comienza a perturbaros.

—¡Y qué! —exclamé examinando con sorpresa a mi interlocutor, cuyos cabellos como copos de nieve, no armonizaban con la frescura de su rostro juvenil—: ¿no me he engañado? ¿No es alucinamiento de mi razón? ¿Es de fuego en efecto el respaldo de ese asiento?

—Sí

—¿Y decís que como yo lo habéis tocado?

—¡Ay!, algo más que tocarlo —me contestó con profunda tristeza—. Lo he ocupado un instante, y en ese instante, como veis, encanecieron mis cabellos, y quedó envejecida mi alma a los veinte años.

—Lo que decís es espantoso —repliqué lleno de desconfianza— y si no fuera...

—Que lo creéis —añadió interrumpiéndome—, dudaríais de lo que os digo.

—Habláis con tal acento de verdad que es forzoso creerlos.

—¡Oh!, no os pesará. Me habéis inspirado compasión, y voy a haceros un servicio que jamás estimaréis debidamente por la sencilla razón de no haber padecido lo que trato de evitaros.

—Semejante preámbulo no puede ser más misterioso.

Mi nuevo desconocido dejó escapar un prolongado suspiro; y después de un corto silencio, durante el cual su rostro frío y sus ojos sin luz, se fueron animando gradualmente, prosiguió:

—Hace diez y seis años me aconteció lo que voy a referiros. Yo era entonces aún más joven que vos, pero como vos amaba ya apasionadamente a uno de esos ángeles tentadores a quienes vosotros los poetas, ...porque supongo que lo sois...

—No siempre —le repliqué interrumpiéndolo.

—Sin embargo, sólo a los forjadores de quimeras les sucede lo que a vos esta noche.

—¿Quemarse?

—¡Exactamente! Abrasarse en el fuego de la propia imaginación, hasta el punto de provocar al diablo a que los tienta a su antojo.

—¿Y creéis que yo me encuentre en ese caso?

—Estoy más que convencido, porque como vos he sido víctima de ese infernal aturdimiento que os hace tomar una aglomeración de sombras por un foco de luz, y un juego del acaso por un rayo de esperanza. Pero volvamos a mi historia. En la época a que me he referido, repito, que amaba locamente a uno de esos ángeles terrenales a quienes vosotros, soñado-

res o poetas, como querráis calificaros, concedéis mil sublimes atributos. Esperanzas, ilusiones, amor, encerraba mi alma; en venturoso arrobo me extasiaba blandamente a sus pies; sin más prenda de su cariño que una mirada interpretada a mi placer, era dichoso; y apasionado y ciego, corría sin detenerme tras la estela de fuego de su hermosura deslumbradora. Un día vi sonreír sus labios y un himno de entusiasmo se elevó de mi pecho; otro, sentí el contacto de su mano y el perfume de su aliento, y ebrio de felicidad besé la tierra que pisaba mi ídolo, y me sentí tentado a amar el orbe entero a pesar de los defectos inherentes a la raza de Adán. Todas mis facultades le estaban sometidas; mi pensamiento la seguía como pasivo siervo: mis ojos la veían al través de las distancias; y una emoción dulcísima me revelaba siempre su proximidad, mucho antes de que sus formas seductoras me hubieran deslumbrado. En cambio de tanto amor yo nada le exigía, y había vivido mil años, sin pedirle otra gracia que un rayo de sus ojos hasta reposar dichoso en las tinieblas de la tumba. ¡Oh!, esa mujer fue amada como nunca fue amada otra mujer, como jamás será amada otra alguna; para mí su presencia era el cielo, su ausencia el vacío. ¡Y ella... y ella! —exclamó de súbito mi interlocutor, cambiando de tono y arrojando una espantosa carcajada—; no lo creeréis... jamás se había fijado ni aún en que yo existía.

Un largo silencio se siguió a esta explosión de profundo despecho, y hondamente sorprendido de encontrar muchas analogías entre el sentir tempestuoso de aquel desventurado y mis íntimas afecciones, esperé que agotara a su alma todo el veneno que al parecer la emponzoñaba. Durante el repentino mutismo de aquel hombre, su rostro pálido coloreose repetidas veces con sangrientos matices, los ojos entre sombras violáceas brillaronle amenazantes, sus cabellos de nieve casi se ennegrecieron, y un rugido sordo y prolongado, como el que pudiera producir una caverna en donde se removiera un gigante, brotó pausadamente de su pecho oprimido; luego, y sin esperarlo, a la borrasca vi suceder la calma; apagose el resplandor de las fieras pupilas, al rostro volvió la palidez, la nieve a los cabellos; y con una tranquilidad burlesca que me dejó pasmado, me dijo, llevando sobre mi hombro el compás que marcaba la orquesta:

—Y bien, ¿por dónde vamos de mi historia, que ya no recuerdo?

—Por la muerte de vuestras ilusiones —le contesté admirado de tan repentino cambio.

—¡Ah! Entonces nada os he dicho todavía sobre el misterio de ese asiento que os impedí ocupar... Pero, ¿qué queréis? Yo vengo aquí a reírme de todos vosotros, y creo que he encontrado esta noche quien a su vez se ría de mí.

—Supongo que no aludís...

–Poco me importa, pues que, unos hoy y otros mañana, todos tenéis que pagar vuestro ridículo tributo a la debilidad humana. En cuanto a mí, lo he satisfecho ha largo tiempo y estoy saldo con ella. Pero volviendo a vos, no sé cómo explicarme la compasión que me habéis inspirado: mi muerto corazón que creía sordo a todo sentimiento generoso, parece despertar a la idea del peligro que corréis. A muchos he visto en vuestro caso y los he dejado perecer... quizás eran indignos de que yo les hiciera el sacrificio de mi completa indiferencia; pero son tan inexplicables los misterios de nuestra naturaleza, que a veces nos vemos arrastrados a obrar contra nuestra decidida voluntad... Os han elegido para el sacrificio de esta noche porque padecéis la misma enfermedad que mató mis ilusiones...

–¿Cómo podéis saberlo?

–Porque yo sé muchas cosas que los hombres ignoran.

–¡Qué los hombres ignoran!

–Sí.

–¿Podíais decirme entonces, lo que siente mi alma cuando sus ojos...?

–¡Vaya!, ¡tan bien como vos mismo! Para mí nada hay oculto bajo el cielo.

–¡Cuánto os envidio ese poder!

–Sin embargo, si lo poseyeráis, acaso os pesaría.

–¡Puede ser! Pero tened entendido que no hay sacrificio a que no me encuentre dispuesto por adquirir esa ciencia suprema.

–Eso decís porque no tenéis la más remota idea de todos los tormentos que encierra ese poder sin límites.

–¿Y creéis me haga padecer menos la estúpida ignorancia en que vivo acerca del sentir de los demás?

–¡Quizás!

–Verdaderamente no os comprendo. Cambiáis a cada paso de manera de raciocinar y de sentir.

–El que cambiáis sois vos. Hace algunos minutos que no hago otra cosa que seguir vuestro pensamiento, y os confieso que da vértigo el giro acelerado de las ideas diversas que lo agitan.

–¿Y lo extrañáis?

–Absolutamente, porque así me encontraba yo la noche en que fui impulsado a ocupar el 111.

—¡Oh! —exclamé lanzando una mirada de terror al asiento vacío. ¡Lo había olvidado!

—Lo sabía.

—Sin embargo, me ofrecisteis explicarme el arcano que encierra, y aún no lo habéis hecho.

—Creía que ya lo habíais adivinado.

—¿Qué queréis que adivine, cuando cada una de vuestras palabras es un misterio impenetrable para mí?

—¡Vamos! Veo que necesito llevar de la brida vuestra curiosidad. Empecemos por volver al deseo que hace poco me habéis manifestado.

—Sí —exclamé impacientándome—. Volvamos a él, si es que conduce a explicarme lo que hace un cuarto de hora experimento.

—Es el camino más corto.

—¡Adelante!

—¡Insensato!, ¡vais a perderos! —exclamó deteniéndome.

—Dejadme —le repliqué—. Juego gustoso la tranquilidad del alma en la partida.

—Esa no la tendréis nunca.

—Pero en cambio sabré en lo adelante a qué atenerme.

—¡Oh!, mirad mis cabellos encanecidos y mis ojos cansados.

—¡Nada, nada! —le repliqué luchando por desasirme de sus manos—. Estoy resuelto a todo; y si ese asiento portentoso, no sólo es la silla de Satanás, sino el infierno mismo, a él me arrojaré para saber lo que deseo.

—¡Deteneos! ¡Aún es tiempo! ¡Deteneos!

—No os esforcéis en disuadirme —le repliqué dando un paso adelante—. La duda es un suplicio mil veces mayor que el desengaño; y enajenada la razón caí febricitante en el asiento infernal.

—¡Humanidad!, ¡humanidad! —exclamó el desconocido con estridente alborozo, convirtiéndose de súbito a mis ojos en el fantástico personaje que me ofreciera el 111—. ¡Siempre la misma!... pretenciosa y débil.

En presencia de semejante metamorfosis comprendí mi extravío; quise dar un grito, y no pude; pretendí levantarme del asiento y me encontré como clavado a él. Un fuego abrasador encendió mi cerebro; mis pupilas se dilataron, y mi sangre se heló.

—¡Vamos, valor, audacia! —exclamó mi tentador demonio colgándose del respaldo de mi asiento, e inundándome con su aliento satánico—. Tendrás lo que has pedido; ¡mira!

Y mis ojos vieron lo que difícil me será expresar.

—¡Oye! —mandó de nuevo.

Y oí distintamente, sin que se confundieran en mi oído, las pulsaciones aceleradas unas, pausadas otras, de cuantos corazones palpitaban en aquel recinto.

—Y ahora —añadió Lucifer, que parecía cernerse sobre mi cabeza con la crueldad de un ave de rapiña—: ¡siente y reflexiona! ¡Eres mío! Te presto mi poder.

Mi mente se iluminó de súbito; oprimido sentí el corazón; mis sentidos se acrecieron, y el velo que limita las humanas facultades rasgose ante mis ojos que, deslumbrados por tanta claridad, se fijaron inciertos en ardoroso foco. Luego, como por efecto de una infernal potencia, el teatro comenzó a girar en torno mío, cual una inmensa rueda cuyo eje fuera mi cabeza. Cintas, flores, diamantes, rizadas cabelleras, ojos de fuego, rostros fascinadores, manos de nieve y pechos de alabastro, en confuso tropel pasaron a mi vista: una música extraña, atronadora, tempestuosa, marcaba el rápido compás de tan vertiginosa danza; y un rayo de luz, vivísimo, siniestro, como un reflejo del infierno, abrasaba en su lumbre aquel cuadro fantástico.

—¡Mi cabeza estalla, mis ojos se queman! —exclamé suplicante.

—¡Valor! —oí exclamar con estridente voz a mi verdugo.

—¡Oh! ¡Dadme en cambio de lo que veo la oscuridad eterna!

—¡Energía! —repitió el Tentador con imperioso acento.

Y rápido, y más rápido el círculo infernal siguió girando, hasta serme imposible distinguir los objetos. Con ávida insistencia seguía, no obstante, las múltiples ondulaciones de aquella sierpe de fuego en movimiento, sin que me fuera dado precisar sus detalles. Mis ojos deslumbrados cegaban, mis facultades se agotaban, y haciendo un postrer esfuerzo, traté de fijarme en una mirada cariñosa que en medio de aquel tropel de centellas alcancé a distinguir; pero los ojos que la producían se dilataron hasta abarcar el círculo, formando en torno mío un nuevo anillo de Saturno.

—¡Llegó el momento de la penetración! —exclamó mi dominador, viéndome anonadado por aquel espectáculo.

Y la escena cambió sin cesar el movimiento: fijáronse mis ojos, y como a través de una ventana abierta de improviso ante ellos, vi aparecer suce-

sivamente las lunetas, los palcos y los diversos grupos que se agitaban en el patio, sin que por esto dejaran los otros de seguir su acelerada rotación.

—¡Prueba mi ciencia! —continuó el Tentador extendiendo a mi derecha su descarnada mano—: ¿Penetras cada uno de los corazones que componen aquel grupo?

—Sí, sí, contesté admirado y balbuciente. Todo lo veo... Jamás lo habría creído. El anillo continuó girando, y otro grupo, no menos interesante que el primero, se presentó a mi vista.

—¿Ves? —preguntó de nuevo la imperativa voz.

—¡Oh, espantoso! —exclamé—. ¡Cómo puede mentirse así, Dios mío!

—¡Calla! ¿Y ese otro grupo que aparece a su turno?

—¡Da lástima y horror!

—¿Y ése que llega?

—Ya conocía esa historia.

—Peregrina, por cierto.

—Diabólica.

—¿Y aquél?

—Abate el alma.

—¿Y ése que pasó?

—La irrita.

—¿Y el que tienes a la vista?

—¡Cuánta perfidia!

—¿Y aquél que se detiene?

—¡Cuánta maldad!

Y siguieron pasando los grupos, y los palcos, a cuyas puertas, como multiplicándose, veía asomado siempre al pertinaz demonio que a mis espaldas me aturdía los oídos con su risa sarcástica. Y todos los secretos se me iban revelando, y las pasiones más ocultas surgían del corazón y se presentaban a mis ojos; y duelos, y engaños, tenebrosos designios, ruines aspiraciones, maldad, odio, venganza, mezquindad y vileza, perdieron sus caretas.

—¡Oh!, cuánto sé, Dios mío, ¡qué no querría saber! —murmuré arrepentido de mi punible indiscreción. ¿Cómo haré para olvidar mañana ese cúmulo de

miserias que de hoy en adelante veré estampadas sobre todas las frentes? Si pudiera arrancarme la memoria, lo haría en obsequio tuyo, mezquina humanidad, para quien todo sentimiento generoso está vedado.

—¡Prevente! —exclamó de improviso mi ángel malo, interrumpiendo con su eterna ironía las desgarradoras reflexiones que cruzaban por mi mente—. Se acerca el fin de la revista que pasas a esa tropa de comediantes a quienes llamas tus hermanos: prepárate a ver lo que más has deseado.

A semejante anuncio el aire me faltó, y agotado el espíritu por la horrible gimnástica a que se hallaba sometido, sentía desfallecer mi ánimo, cuando una dulce melodía, mensajera de gratos y queridos recuerdos acarició mis oídos, devolviendo a mi alma la perdida energía. Mis ojos, deslumbrados, tornaron a mirar; y a la desierta abertura por donde como al través del cristal de un lente prodigioso, había descubierto tantos secretos íntimos, vi aparecer entonces entre auroras de rosa, un palco resplandeciente, semejante a una góndola de nácar; y en él, cubierta de blancas y vaporosas gasas, una de esas criaturas privilegiadas, de angélica belleza, que más que hijas de la tierra parecen encarnaciones del cielo.

—¡Ella! —exclamé fijando sobre su frente pura una mirada llena de angustia y timidez; ¿ella también sometida al escalpelo de mi diabólica penetración? ¡Jamás! ¡Jamás!

—Ya la tienes delante; mírala —díjome el Tentador con voz terrible, apenas la hube reconocido.

—A ella... ¡nunca!

—¡Sí! Mírala y sabrás a qué atenerte.

—¡Imposible! Lo que de mí exigís es imposible.

—¡Obedece! —exclamó con enérgica entonación.

—¡Oh!, esta vez el amor me dará fuerzas que oponerte.

—Vana quimera. El amor desertó del corazón del hombre apenas entró en lucha conmigo.

—Te engañas. Yo lo siento.

—Oye, pues, si es que no quieres ver.

—¡Cállate! No me atormentes más.

—¿Y el deseo vehemente que abrigabas?

—Ya no lo tengo.

—¿Y la duda que torturaba tu alma?

- ¡Ah!, la prefiero ahora al desengaño.
- Pues verás, oirás y sentirás mal que te opongas.
- ¡Piedad!
- ¿Acaso sé yo lo que me pides?
- ¡Piedad!
- ¡Por el infierno! Mira —exclamó Satanás irritado, asiendo con sus crispadas manos mis cabellos, que electrizados a su contacto se erizaron al punto—. ¡Mira!, ¡te lo ordeno! Deseabais, poseer como yo, la facultad de arrancar sus secretos al corazón más cerrado.
- No sólo lo deseo si no que compraría esa facultad al precio de mi sangre.
- ¡No vayáis a dar nada por ella! Os la ofrecen de balde.
- ¡Cómo! —le dije—. Nadie me la ha ofrecido.
- Y con instancia.
- ¿Os burláis de mí?
- ¡Por mis cuernos!
- ¿Qué habéis dicho?
- Que tenéis un candor admirable.
- Pero, en fin —exclamé exasperado—, ¿quién me ha hecho tal oferta?
- El desconocido que os indicó el 111 —contestó mi vecino cubriéndome con su mirada fascinadora.
- No comprendo nada de cuanto me decís —exclamé estrechándome entre ambas manos las sienes, que me latían con violencia—: nada, absolutamente nada.
- Oídmeme, pues; y pésele a vuestro empeño.
- Esa ciencia oculta que tanto ambicionáis de leer en el corazón de los otros tan claramente como en un libro abierto, no se adquiere sino depurando antes el alma en ese asiento de fuego. ¿Comprendéis ahora? Todo se mira entonces desnudo del velo del fingimiento y la mentira: la verdad salta a los ojos: el engaño desaparece; y en posesión de los más íntimos secretos, podréis ocultar mejor los vuestros tan fáciles hoy de adivinar.
- ¿Lo que decís es cierto?
- Tan cierto como que ya penetro vuestras locas intenciones. Abandonad ese anhelo insensato; resistid a la tentación de penetrarlo todo. ¡Ay!, no

sabéis cuánto se llora luego la pérdida de la cándida ignorancia y de la inocente credulidad. Ese misterioso desconocido, a quien jamás he vuelto a ver para exigirle me devuelva la venda bienhechora que arrancó de mis ojos, me indujo, como a vos, a ocupar ese asiento, y lo ocupé; y desde entonces ¡cuánto he visto que deseara ignorar eternamente, y cuánto más habré de ver para tortura incesante de mi alma!

—¿No me engaáis? —exclamé poniéndome de pie en un arranque de admiración.

—No.

—¡Voy a probarlo! Deseo conocer lo que sabéis, y acabar de una vez con la duda que me atormenta.

Dominado por una fuerza sobrenatural abrí los ojos, que en mi desesperación había cerrado para no presenciar la muerte de mis queridas ilusiones, y obedeciendo a aquel genio malévolo, volví a fijarlos en la inocente víctima de mi loco desvarío.

—Ahora —añadió, sacudiendo mi cabeza con ímpetu salvaje—: ¡penétrala!

No pude resistir por más que quise, y como la sonda del marino a las profundidades del Océano, así atravesó mi vista la magia seductora de la exterioridad de aquella criatura tan amada, hasta penetrar su corazón.

—Gózate ahora —prosiguió Satanás riendo malignamente—, y confiesa que no eres otra cosa que un pueril visionario.

—¡Oh!, nada veo, nada de lo que tú pretendes —exclamé sorprendido.

—¿Con todo mi poder nada descubres?

—¡Nada! En vano procuro entre las sombras en que vaga mi vista, descubrir en su alma un sentimiento, una aspiración, un deseo, algo en fin que revele una dañada pasión, un sentimiento mezquino... y nada, ¡nada encuentro!

—¡Maldición! —rugió Satanás sacudiendo con rabia mi cabeza—. ¿Quién se opone?

—¡Espera, y lo sabrás! —exclamé dando un grito de indecible alegría—... ya lo distingo... algo así, aéreo y brillante como las alas del ángel del amor, la defiende de tu saña infernal.

Un rugido espantoso ensordeció mis oídos, la tierra tembló bajo mis pies, y reaccionándome de súbito con extraña energía, exclamé, divinando la airada sombra del Réprobo desaparecer tras las bambalinas de la escena:

—¡Infame tentador!, te has engañado; ¡el cielo la protege!

—¿Qué tienes, qué acontece? —Oí que me preguntaban varios de mis amigos, que llenos de profundo asombro me vieron abandonar precipitadamente el infernal asiento.

—¡Oh!, ¡el número 111!, ¡el número 111! —exclamé horrorizado, señalándoles el asiento que dejaba.

Y loco, despavorido, con los cabellos erizados de terror y el alma profundamente acongojada, salí de aquel recinto para jamás volver.

.....

Carísimo lector, cree de esta historia, que, como me la contaron te la cuento, lo que más pueda servir a tu provecho; y comoquiera que sea, acepta este consejo: cuando vayas al teatro, si quieres conservar todas tus ilusiones, no ocupes jamás el número 111; pues, según una antigua tradición de no recuerdo qué país, el diablo está abonado a dicho asiento. Pero como no faltará quien pregunte ¿por qué el cornudo caballero, monarca del infierno, se ha prendado tanto del sobre dicho asiento?, llana y sencillamente contestamos, que sería provechoso investigarlo; mas como este asunto está erizado de bemoles, frisa allá en los dominios de la alta filosofía positiva, y, donde ella principia yo termino.

ENCUENTRO PAVOROSO

MANUEL JOSÉ OTHÓN

De esto hace ya bastantes años. Encontrábame en una aldea muy antigua de la zona litoral del Golfo. Tenía que regresar a la ciudad de mi residencia y emprender una jornada de muchas leguas. Abril tocaba a su fin y el calor era insoportable, por lo que decidí hacer la caminata de noche, pues de otra manera me exponía a un espasmo o a una insolación. Ocupé la tarde en los preparativos consiguientes, y llegadas las nueve de la noche monté sobre una poderosa mula baya y, acompañado de un mozo de estribo, atravesé las calles de la villa, encontrándonos, a poco andar, en pleno campo.

La noche era espléndida. Acababa de salir la luna llena, pura y tranquila, envuelta en un azul diáfano, como si estuviera empapada en las olas del Atlántico, de donde surgía. Los bajos de las montañas envolvíanse en el caliginoso vapor del "calmazo", que así llaman a la calina por aquellas tierras. El cielo estaba resplandeciente como si una bóveda de cristal y plata fuera. Desde la salida del pueblo el camino se marcaba vigorosamente al borde pedregoso y áspero de un acantilado, a cuyo pie, por el lado izquierdo, rodaba el río entre guijas y peñascales, con un rumor a veces como el de un rezo, a veces como el de una carcajada. A la derecha se extendía la muralla movable y verdinegra de un inmenso bosque. De manera que la senda, muy angosta, corría, corría y se prolongaba entre el acantilado del río y la cortina del follaje.

Buen trecho del camino habíamos recorrido, cuando mi acompañante me advirtió haber olvidado un tubo de hojalata que contenía papeles, para mí de la mayor importancia. Le obligué a regresar, lo cual hizo volviendo grupas, y, disparado a carrera tendida, bien pronto se perdió su figura entre la claridad de la noche y el ruido de los cascos entre el murmurio del río y el rumor de los árboles.

Seguí hacia adelante, paso a paso, con objeto de que el mozo me alcanzara en breve tiempo. La brisa que soplaba desde el mar llegó a refrescar la caliente atmósfera, barriendo los sutiles vapores del calmazo y dejando contemplar el paisaje hasta las más profundas lejanías, todo envuelto en la inmensa ola de aquella noche tropical y divina.

Yo estoy habituado a la soledad de los campos, en las montañas, en los bosques y en las llanuras. He pasado muchas noches en una choza, debajo de

un árbol, de un peñasco o a la intemperie absolutamente, sin más compañía que la de mis pensamientos. Así es que aquella soledad era para mí muy grata, pues estaba plenamente inundado en la augusta y serena majestad de la naturaleza. Nada de medroso había en torno mío y ningún temor, por consiguiente, me asaltaba. El gozo inefable e inmenso de la contemplación iba penetrando en mi espíritu a la vez que el aire fresco y perfumado de la selva hinchaba mis pulmones. Aun olvidé por completo asuntos arduos y graves por demás, que ocasionaban aquellos viajes por comarcas casi deshabitadas y salvajes, y hasta olvidé también el mozo que debía regresar y darme alcance. Como caminaba tan despacio, no había recorrido cuatro leguas a pesar de tres horas transcurridas. Media noche era por filo y el lucero brotaba cintilante y radioso tras el vago perfil de la lejana cordillera, blanco, enorme y deslumbrador como otra luna.

Todo era luz y blancura en aquella noche del trópico. Los peñascos semejantes a bloques de plata, y las frondas, los matorrales y la maleza misma, temblaban como nervios de cristal vibrantes y sonoros. El río era un chorro de claridad y sus espumas relampagueaban como un lampo, heridas por la mirada luminosa que el firmamento incrustaba en ellas, desde su alcázar de diamante.

II

Mi cabalgadura seguía al paso, ya hundiendo los cascos en el polvo de la senda, ya ferrándose sobre las duras piedras del cantil. La mula era mansa y obediente al más ligera estímulo de la rienda o de la espuela. Caminaba, caminaba sin reparo y sin tropiezo, con el cuello flácido y la cabeza inclinada. Prolongábase el sendero más y más, blanqueando a lo lejos y torciéndose, plegándose a las ondulaciones del bosque y los cantiles y a las quebraduras del terreno. Yo me había abstraído tan hondamente en el pasmo contemplativo de la meditación, que estaba ya en ese punto en que a fuerza de pensar, en nada pensamos. Poco a poco una dulce tristeza me envolvía, porque el campo es triste, aun en las horas en que mayor vida rebosa.

De repente levantó mi caballería la cabeza, irguió las orejas, arqueó el cuello y resoplando por la nariz, dilatado el belfo y los ojos fijos en un punto frontero, intentó detenerse. Rápidamente volví sobre mí, inquirendo la causa de aquel incidente. Con la vista recorrí toda la extensión que me rodeaba. Estoy acostumbrado a ver larguísimas distancias y la noche no es obstáculo para que pueda distinguir un objeto lejano sin más claridad que la de las estrellas. Nada extraño descubrieron mis ojos. Castigué a la acémila con el látigo y la espuela, y el animal, resentido al castigo, continuó al instante su camino. Imaginé que habría advertido la presencia de alguna

víbora que atravesara el sendero y no di la menor importancia a aquel tropiezo.

Seguí sin detenerme; pero a medida que avanzaba, el animal mostrábase inquieto y receloso. Pocos minutos transcurrieron, cuando por segunda vez, pero de una manera más acentuada, parose la mula olfateando el aire con la nariz hinchada y erectas hacia adelante las desmesuradas orejas. Empecé a inquietarme, pero sin llegar a la alarma. Fustigué vigorosamente a la bestia y obliguéla a tomar de nuevo su andadura. Con más detenimiento y cuidado examiné la senda, el bosque, hasta donde la miraba podía penetrar, y el fondo del barranco por donde el río deslizaba. Inútil fue también aquella segunda inquisición. Afianzado ya en los estribos, enderecé la marcha, con fiado y resuelto, hacia el punto que era el objeto de mi viaje.

Hasta entonces había logrado que la mula obedeciera; mas sobrevino una tercera detención, y entonces el espanto que se apoderó de la cabalgadura empezó a transmitirse a mis nervios. Ya el azote, la rienda y las espuelas hincadas despiadadamente en los ijares fueron inútiles.

Con los remos abiertos y queriendo devolverse o lanzarse al bosque, la bestia se rebelaba contra todos mis esfuerzos por caminarla de frente. Entonces, y de improviso, el miedo, un miedo horrible me invadió. Sentí culebrar el terror por todos mis miembros, pues una idea terrorífica asaltó mi pensamiento, la angustia indefinible me apretó el corazón como una tenaza férrea. Sí, era indudable; no podía ser otra cosa: ¡el tigre! El sanguinario huésped de las selvas de "tierra caliente" me acechaba sin duda, y yo estaba solo, completamente solo, en el desierto de los campos, pues el ausente no daba señal alguna de su regreso. Grité a grito herido, por una, dos, veinte veces. Ni tan siquiera el eco contestaba mi voz. En aquel conflicto pensé instantáneamente que debía dominarme, que importaba recobrar mi sangre fría para encontrar un medio cualquiera de salvación.

Con un supremo esfuerzo logré aquietar mi espíritu y calmar la tensión de mis nervios. No llevaba conmigo más armas que un revólver y un cuchillo de monte, inútil en un combate con el poderoso felino. Las apercí, sin embargo para usar de ellas rápidamente en caso de poder emprender la fuga. Pero de pronto, ya con calma, eché de ver la mula pugnaba por internarse en el bosque y esto me devolvió completamente el valor perdido, pues en caso de que la fiera me acechara debía estar precisamente en el bosque, oculta entre las malezas y en tal caso el instinto de mi cabalgadura le habría indicado tomar otro sendero. Además, en el camino que se extendía ante mí a una distancia muy que se descubría del todo, no había cosa alguna que semejara jaguar o pantera, que son los dos animales feroces a quienes los naturales de aquella comarca dan el nombre del tigre.

Entre tanto, la mula se había calmado también un poco, más bien agotada por el miedo y el terrible castigo que yo le seguía imponiendo sin misericordia, que porque hubiera presentido la ausencia del peligro. Este continuaba, pues ni por un momento dejó mi pobre bestia de olfatear el aire, lanzando entrecortados resoplidos. Luego de allí, de la prolongada vereda, venía el peligro. ¿Qué podía ser? La proximidad del hombre no espanta a ninguna clase de andaduras, por más que la presienta desde muy lejos. El movimiento que hacen en presencia de la serpiente. No tiene nada de común con aquellas muestras de terror sumo que aun duraban en mi espantado animal, rebelde todavía a continuar la marcha. Confuso y pasmado, buscaba yo cuál podría ser el objeto que en tan pasmoso trance me pusiera, cuando a lo lejos...

III

Allá en un recodo del camino, surgió de pronto una figura que, aunque avivó de súbito el terror de mi acémila, vino a infundirme un rayo de consuelo, devolviendo del todo la tranquilidad a mi ya fatigado espíritu. Era un animal, al parecer asno o caballo de color negro, que la blancura de la noche hacía más negro aún. Sobre él, a horcajadas, sosteníase un hombre vestido de pardo. Estaba el grupo todavía muy lejos para poder apreciar otros detalles; mas desde luego aquello era un hombre y yo no estaba ya tan solo en el monte. Me ayudaría sin duda a salir de aquel conflicto y ambos investigaríamos la causa de tan grande susto.

Pero lo extraño, lo inaudito y que para mí no tenía explicación, era que, a medida que se acercaba aquel a quien yo veía como un salvador, mi malhadada cabalgadura más se estremecía e impacientaba por huir. Sin embargo, transcurrido ya el período álgido, yo podía refrenar aquellos desaforados ímpetus. Soy un jinete medianamente diestro y me impuse al animal casi gobernándolo por completo.

En tanto, el otro jinete iba acercándose, acercándose paso a paso, muy lentamente, como quien no tiene prisa de llegar a parte alguna. Por la andadura conocí que venía montado sobre el asno, al que no estimulaba para que avivara el paso, dejándolo caminar a toda voluntad y talante.

El lugar donde me encontraba detenido era un sitio más amplio que el resto de la vereda, pues allí precisamente empezaba a ensanchar el camino, en virtud de que los acantilados se iban deprimiendo paulatinamente, formando sobre el río un macizo talud de piedra. Ya mi nocturno compañero estaba cerca y pude distinguir que no traía sombrero y sí solamente "paliacate" ceñido a la cabeza. Quise adelantarme a su encuentro; espoleé herí las ancas de la cabalgadura, que resistíase de todo punto, y sólo conseguí

acercarla a la vera de la espesura, donde los árboles formaban un claro. En esa posición esperé, siempre con el revólver apercebido, pues no me parecía por demás precaverme.

Cierto malestar, empero, una especie de ansiedad aguda me oprimía el pecho, pues, a pesar de todo, aun de la próxima compañía de aquel viajero, encontrábame en presencia de algo desconocido, de algo raro, y yo presentía que un acontecimiento extraordinario estaba pronto a sacudir mi ánimo hasta en lo más profundo.

Ya sólo unos cuanto pasos nos separaban. Ansioso por dar fin a tan extraña situación, hice un supremo y vigoroso esfuerzo, levanté las riendas, hiqué la espuela y sacudí el azote, todo a un tiempo, y la mula se lanzó desesperadamente hacia el perezoso grupo, deteniéndose de impróvido a unos tres o cuatro metros de distancia. El negro animal, con esa particularidad de los de su ralea, se acercó afanosamente al mío, hasta quedar frente a frente los dos y yo con el jinete.

Brusco, terrible, hondísimo fue el sacudimiento que estuvo a punto de reventar los más vigorosos resortes de mi organismo. Un solo instante, pero tan rápido como la puñalada o la fulminación del rayo que destrozan y aniquilan; un solo instante clavé los ojos en aquella faz que ante mí ofrecía en relieve sus contornos de un plasticismo brutal y espantable hasta el espasmo del horror. Y en ese instante lúgubre no hubo línea, detalle ni sombra que no se incrustara profundamente en lo más escabroso y recóndito de mi ser.

Era un rostro lívido, cárdeno, al que la inmensa luz lunar prestaba matices azules y verdes, casi fosforescentes. Unos ojos abiertos y fijos, fijos, sobre un solo punto invariable, y aquel punto en tal instante eran los míos, más abiertos aún, tan abiertos como el abismo que traga tinieblas y tinieblas sin llenarse jamás. Eran unos ojos que fosforecían opacos y brillantes a un tiempo mismo, como un vidrio verde. Era una nariz rígida y afilada, semejante al fino de un cuchillo. De sus poros colgaban coágulos sangrientos, detenidos sobre el escaso e hirsuto bigote, que sombreaba labios delgadísimos y apretados.

Eran unas mandíbulas donde la piel se restiraba tersa y manchada de pelos ásperos y tiesos; y del lienzo que ceñía la frente se escapaba hacia arriba un penacho de greñas que el viento de la noche azotaba macabramente.

Debajo de aquel lóbrego y trágico a la vez, un tronco enhiesto y duro dejaba caer los brazos como dos látigos sobre las piernas dislocadas. Del extremo de aquellos látigos, envueltos en manta gris, surgían dos manos, que se escogían desesperadamente, cual si se apretaran asidas a alguna invisible sombra. Y todo aquel conjunto era un espectro, un espectro palpable y

real, con cuerpo y forma, destacado inmensamente sobre la divida claridad del horizonte.

¿Cómo pude resistir tal aparición? ¿Cómo logré sobreponerme a mis terrores y dominar la debilidad de mis nervios tan trabajados por las repetidas y tremendas emociones de aquella noche?

¿Cómo alcancé, por último, a conservar un punto de lucidez y desviarme de tan horrenda larva, lanzando mi cabalgadura, como quien se lanza hacia el vértigo, por entre las intrincadas selvas del bosque, para ir después a tomar de nuevo el camino que mi instinto solamente me señalaba? Lo ignoro todavía, sólo sé que el cabo de algún tiempo pude orientarme hacia el sendero antes seguido y ya sobre él proseguí la marcha, como a través de un sueño.

Como a través de un sueño proseguía, que todo el derredor tomaba los tintes y el aspecto de las cosas entrevistas cuando soñábamos. Pero la realidad se imponía tiránicamente a mis sentidos, y en vano me figuraba estar bajo el aterrador influjo de una pesadilla.

Galopaba, corría frenético por el blanco sendero que otra vez tomara al salir de la selva. El viento me azotaba el rostro, mis oídos zumbaban y una especie de vértigo me impelía. Pero la misma frescura de la noche y aquel furioso galopar fueron parte a calmar mi excitación. El perfume acre y resinoso que venía arropado en el aliento de la montaña, al penetrar en mi pecho, ensanchó mi ánimo a la par que mis pulmones. Ya la aparición iba separándose de mí, no por la distancia ni el espacio transcurridos; veíala en mi mente como a través de muchas leguas y de muchos años.

Al cabo de algunos momentos fuese aflojando la carrera y yo no procuraba ya excitarla. Atrévime primero, una, luego dos, y por último repetidas ocasiones a volver a atrás la cabeza y hundir la mirada en el espacio luminoso. Nada. La soledad que se extendía, que se dilataba en mi derredor por todas partes. Aquel volver atrás los ojos llegó a ser una obsesión dolorosa que habría continuado, distendiendo mis nervios de nueva cuenta, a no haber percibido de lejos voces humanas, cuyo rumor mágico acarició mis oídos como una celeste música, pues había llegado caso a perder la noción de la humanidad, y pienso que sentí lo que el náufrago confinado a una isla desierta que, después de mucho tiempo, logra volver a ver a sus semejantes.

Las voces se acercaban y distinguí luego un grupo de hombres que venía por el camino platicando y riendo en amigable compañía. Llegaron hasta mí, saludándome corteses y sencillos. Eran cinco y todos marchaban a pie. A la pregunta que les dirigí sobre la causa que les obligaba a caminar a deshora, pues no veía en ellos ningún apero de labranza ni señal que indicara

trabajo alguno, contestáronme dándome desde luego la explicación de lo que me había ocurrido, aunque yo me guardé bien de hacerles conocer el horror pasado, que ellos seguro adivinaron en mi descompuesto semblante.

En un rancho de la vecina sierra, la tarde anterior había ocurrido una riña a mano armada, en la que sucumbió uno de los rijosos. El matador emprendió la fuga, y el cadáver, consignado a la autoridad, iba conducido a la villa de la extraña manera que yo le había encontrado. Para ahorrarse molestias y evitar que el ramaje se enganchara en las ropas del muerto, colocáronle los conductores a horcajadas sobre un paciente pollino, sosteniéndole con dos estacas convenientemente aderezadas en el aparejo.

Al saber semejante cosa, encontradas sensaciones repentinamente de mí se apoderaban; ya era un anhelo brusco de abrazar, de agasajar a aquellos bárbaros, ya un furioso deseo de acometerlos. Contuve, sin embargo, tales ímpetus, y despidiéndome de la patrulla, proseguí la interrumpida jornada.

IV

La del alba se venía a toda prisa cuando el repetido ladrar de perros y el alegre canto de los gallos me anunció la cercanía de un rancho que se recuenta en los estribos de la montaña. Llegando que hube, hice parada en el primer solar cuyos jacales a humear empezaban. Eché pie a tierra y me puse a esperar a mi rezagado mozo (mientras daban un pienso a mi caballería) y a mi frugal, aunque confortante refrigerio.

El sol salía apenas, cuando despavorido, trastornado, casi loco, llegó por apartado sendero el infeliz sirviente. Detenido en la villa mientras le entregaban los papeles, le pareció necesario refocilarse con buena ración de aguardiente. Un tanto ebrio emprendió a todo escape la carrera para darme alcance, pero a poco la dipsomanía le obligó a detenerse en las últimas casas del poblado, donde repitió las dosis del de caña y trabó plática con los amigos conocidos.

Ya bastante excitado prosiguió la marcha y en un lugar del camino tuvo el mismo pavoroso encuentro que yo. Llevaba un enorme cigarro de hoja de maíz y había gastado todos los fósforos en encenderlo. Al revisar al macabro noctámbulo, dirigióse resueltamente a él para que le proveyera de fuego, y su sorpresa y espanto fueron mayores mil veces que los yo pasara, pues, montando un caballo que no se asustaba, y siendo supersticioso en extremo, como toda la gente campesina, fue brusquísimo y terrible el golpe moral que recibió su mezquino y desorganizado cerebro. La embriaguez huyó como por encanto, y, habilísimo jinete, se arrojó por el acantilado abajo siguiendo toda la margen del río, hasta encontrarse conmigo en el

rancho de la montaña. Por esa razón no topó con los conductores del cadáver, y le tuvo desde el espantable encuentro como cosa del otro mundo, a pesar de todos los empeños que puse en arrancar de su ánimo la tremenda impresión.

Cuando rendimos, al día siguiente, la jornada, cayó el desgraciado mancebo presa de mortal paludismo, que degeneró en una terrible fiebre cerebral.

Pocas semanas después estaba muerto.

Y yo, a pesar de lo bien librado que salí, no las tuve todas conmigo.

EL CASO DE LA SEÑORITA AMELIA

RUBÉN DARÍO

Que el doctor Z es ilustre, elocuente, conquistador; que su voz es profunda y vibrante al mismo tiempo, y su gesto, avasallador y misterioso, sobre todo después de la publicación de su obra sobre *La plástica de ensueño*, quizás podríais negármelo o aceptármelo con restricción; pero que su calva es única, insigne, hermosa, solemne, lírica si gustáis, ¡oh, eso nunca, estoy seguro! ¿Cómo negaríais la luz del sol, el aroma de las rosas y las propiedades narcóticas de ciertos versos? Pues bien; esta noche pasada poco después de que saludamos el toque de las doce con una salva de doce taponazos del más legítimo Roederer, en el precioso comedor rococó de ese sibarita de judío que se llama Lowensteinger, la calva del doctor alzaba aureolada de orgullo, su bruñido orbe de marfil, sobre el cual, por un capricho de la luz, se veían sobre el cristal de un espejo las llamas de dos bujías que formaban, no sé cómo, algo así como los cuernos luminosos de Moisés. El doctor enderezaba hacia mí sus grandes gestos y sus sabias palabras. Yo había soltado de mis labios, casi siempre silenciosos, una frase banal cualquiera. Por ejemplo, ésta:

—¡Oh, si el tiempo pudiera detenerse!

La mirada que el doctor me dirigió y la clase de sonrisa que decoró su boca después de oír mi exclamación, confieso que hubiera turbado a cualquiera.

—Caballero —me dijo saboreando el champaña—; si yo no estuviese completamente desilusionado de la juventud; si no supiese que todos los que hoy empezáis a vivir estáis ya muertos, es decir, muertos del alma, sin fe, sin entusiasmo, sin ideales, canosos por dentro; que no sois sino máscaras de vida, nada más... sí, si no supiese eso, si viese en vos algo más que un hombre de fin de siglo, os diría que esa frase que acabáis de pronunciar: “¡Oh, si el tiempo pudiera detenerse!”, tiene en mí la respuesta más satisfactoria.

—¡Doctor!

—Sí, os repito que vuestro escepticismo me impide hablar, como hubiera hecho en otra ocasión.

—Creo —contesté con voz firme y serena— en Dios y su Iglesia. Creo en los milagros. Creo en lo sobrenatural.

—En ese caso, voy a contaros algo que os hará sonreír. Mi narración espero que os hará pensar.

En el comedor habíamos quedado cuatro convidados, a más de Minna, la hija del dueño de casa; el periodista Riquet, el abate Pureau, recién enviado por Hirsch, el doctor y yo. A lo lejos oíamos en la alegría de los salones de palabrería usual de la hora primera del año nuevo: *Happy new year! Happy new year!* ¡Feliz año nuevo!

El doctor continuó:

—¿Quién es el sabio que se atreve a decir esto es así? Nada se sabe. *Ignoramus et ignorabimus*. ¿Quién conoce a punto fijo la noción del tiempo? ¿Quién sabe con seguridad lo que es el espacio? Va la ciencia a tanteo, caminando como una ciega, y juzga a veces que ha vencido cuando logra advertir un vago reflejo de la luz verdadera. Nadie ha podido desprender de su círculo uniforme la culebra simbólica. Desde el tres veces más grande, el Hermes, hasta nuestros días, la mano humana ha podido apenas alzar una línea del manto que cubre a la eterna Isis. Nada ha logrado saberse con absoluta seguridad en las tres grandes expresiones de la Naturaleza: hechos, leyes, principios. Yo que he intentado profundizar en el inmenso campo del misterio, he perdido casi todas mis ilusiones. Yo que he sido llamado sabio en Academias ilustres y libros voluminosos; yo que he consagrado toda mi vida al estudio de la humanidad, sus orígenes y sus fines; yo que he penetrado en la cábala, en el ocultismo y en la teosofía, que he pasado del plano material del sabio al plano astral del mágico y al plano espiritual del mago, que sé cómo obraba Apolonio el Thianense y Paracelso, y que he ayudado en su laboratorio, en nuestros días, al inglés Crookes; yo que ahondé en el Karma búdhico y en el misticismo cristiano, y sé al mismo tiempo la ciencia desconocida de los fakires y la teología de los sacerdotes romanos, yo os digo que no hemos visto los sabios ni un solo rayo de la luz suprema, y que la inmensidad y la eternidad del misterio forman la única y pavorosa verdad.

Y dirigiéndose a mí:

—¿Sabéis cuáles son los principios del hombre? Grupa, jiba, linga, shakira, kama, rupa, manas, buddhi, atma, es decir: el cuerpo, la fuerza vital, el cuerpo astral, el alma animal, el alma humana, la fuerza espiritual y la esencia espiritual...

Viendo a Minna poner una cara un tanto desolada, me atreví a interrumpir al doctor:

—Me parece ibais a demostrarnos que el tiempo...

—Y bien —dijo—, puesto que no os complacen las disertaciones por prólogo, vamos al cuento que debo contaros, y es el siguiente:

Hace veintitrés años, conocí en Buenos Aires a la familia Revall, cuyo fundador, un excelente caballero francés, ejerció un cargo consular en tiempo de Rosas. Nuestras casas eran vecinas, era yo joven y entusiasta, y las tres señoritas Revall hubieran podido hacer competencia a las tres Gracias. De más está decir que muy pocas chispas fueron necesarias para encender una hoguera de amor...

Amoor, pronunciaba el sabio obeso, con el pulgar de la diestra metido en la bolsa del chaleco, y tamborileando sobre su potente abdomen con los dedos ágiles y regordetes, y continuó:

—Puedo confesar francamente que no tenía predilección por ninguna, y que Luz, Josefina y Amelia ocupaban en mi corazón el mismo lugar. El mismo, tal vez no; pues los dulces al par que ardientes ojos de Amelia, su alegre y roja risa, su picardía infantil... diré que era ella mi preferida. Era la menor; tenía doce años apenas, y yo ya había pasado de los treinta. Por tal motivo, y por ser la chicuela de carácter travieso y jovial, tratábala yo como niña que era, y entre las otras dos repartía mis miradas incendiarias, mis suspiros, mis apretones de manos y hasta mis serias promesas de matrimonio, en una, os lo confieso, atroz y culpable bigamia de pasión. ¡Pero la chiquilla Amelia!... Sucedió que, cuando yo llegaba a la casa, era ella quien primero corría a recibirme, llena de sonrisas y zalamerías: “¿Y mis bombones?”. He aquí la pregunta sacramental. Yo me sentaba regocijado, después de mis correctos saludos, y colmaba las manos de la niña de ricos caramelos de rosas y de deliciosas grageas de chocolate, las cuales, ella, a plena boca, saboreaba con una sonora música palatinal, lingual y dental. El porqué de mi apego a aquella muchachita de vestido a media pierna y de ojos lindos no os lo podré explicar; pero es el caso que, cuando por causa de mis estudios tuve que dejar Buenos Aires, fingí alguna emoción al despedirme de Luz que me miraba con anchos ojos doloridos y sentimentales; di un falso apretón de manos a Josefina, que tenía entre los dientes, por no llorar, un pañuelo de batista, y en la frente de Amelia incrusté un beso, el más puro y el más encendido, el más casto y el más puro y el más encendido, el más casto y el más ardiente ¡qué sé yo! de todos los que he dado en mi vida. Y salí en barco para Calcuta, ni más ni menos que como vuestro querido y admirado general Mansilla cuando fue a Oriente, lleno de juventud y de sonoras y flamantes esterlinas de oro. Iba yo, sediento ya de las ciencias ocultas, a estudiar entre los mahatmas de la India lo que la pobre ciencia occidental no puede enseñarnos todavía. La amistad epistolar que mantenía con madame Blavatsky habíame abierto ancho campo

en el país de los fakires, y más de un gurú, que conocía mi sed de saber, se encontraba dispuesto a conducirme por buen camino a la fuente sagrada de la verdad, y si es cierto que mis labios creyeron saciarse en sus frescas aguas diamantinas, mi sed no se pudo aplacar. Busqué, busqué con tesón lo que mis ojos ansiaban contemplar, el Keherpas de Zoroastro, el Kalep persa, el Kovei-Khan de la filosofía india, el archoeno de Paracelso, el limbus de Swedenborg; oí la palabra de los monjes budhistas en medio de las florestas del Thibet; estudié los diez sephiroth de la Kabala, desde el que simboliza el espacio sin límites hasta el que, llamado Malkuth, encierra el principio de la vida. Estudié el espíritu, el aire, el agua, el fuego, la altura, la profundidad, el Oriente, el Occidente, el Norte y el Mediodía; y llegué casi a comprender y aun a conocer íntimamente a Satán, Lucifer, Astharot, Beelzebuth, Asmodeo, Belphegor, Mabema, Lilith, Adrameleh y Baal. En mis ansias de comprensión; en mi insaciable deseo de sabiduría; cuando juzgaba haber llegado al logro de mis ambiciones, encontraba los signos de mi debilidad y las manifestaciones de mi pobreza, y estas ideas, Dios, el espacio, el tiempo formaban la más impenetrable bruma delante de mis pupilas... Viajé por Asia, África, Europa y América. Ayudé al coronel Olcott a fundar la rama teosófica de Nueva York. Y a todo esto —recalcó de súbito al doctor, mirando fijamente a la rubia Minna— ¿sabéis lo que es la ciencia y la inmortalidad de todo? ¡Un par de ojos azules... o negros!

—¿Y el fin del cuento? —gimió dulcemente la señorita.

—Juro, señores, que lo que estoy refiriendo es de un absoluta verdad. ¿El fin del cuento? Hace apenas una semana he vuelto a la Argentina, después de veintitrés años de ausencia. He vuelto gordo, bastante gordo, y calvo como una rodilla; pero en mi corazón he mantenido ardiente el fuego del amor, la vestal de los solterones. Y, por tanto, lo primero que hice fue indagar el paradero de la familia Revall. “¡Las Revall —dijeron—, las del caso de Amelia Revall”, y estas palabras acompañadas con una especial sonrisa. Llegué a sospechar que la pobre Amelia, la pobre chiquilla... Y buscando, buscando, di con la casa. Al entrar, fui recibido por un criado negro y viejo, que llevó mi tarjeta, y me hizo pasar a una sala donde todo tenía un vago tinte de tristeza. En las paredes, los espejos estaban cubiertos con velos de luto, y dos grandes retratos, en los cuales reconocía a las dos hermanas mayores, se miraban melancólicos y oscuros sobre el piano. A poco Luz y Josefina:

—¡Oh amigo mío, oh amigo mío!

Nada más. Luego, una conversación llena de reticencias y de timideces, de palabras entrecortadas y de sonrisas de inteligencia tristes, muy tristes. Por todo lo que logré entender, vine a quedar en que ambas no se habían casa-

do. En cuanto a Amelia, no me atreví a preguntar nada... Quizá mi pregunta llegaría a aquellos pobres seres, como una amarga ironía, a recordar tal vez una irremediable desgracia y una deshonra... en esto vi llegar saltando a una niña, cuyo cuerpo y rostro eran iguales en todo a los de mi pobre Amelia. Se dirigió a mí, y con su misma voz exclamó:

—¿Y mis bombones?

Yo no hallé qué decir.

Las dos hermanas se miraban pálidas, pálidas y movían la cabeza desoladamente...

Mascullando una despedida y haciendo una zurda genuflexión, salí a la calle, como perseguido por algún soplo extraño. Luego lo he sabido todo. La niña que yo creía fruto de un amor culpable es Amelia, la misma que yo dejé hace veintitrés años, la cual se ha quedado en la infancia, ha contenido su carrera vital. Se ha detenido para ella el reloj del Tiempo, en una hora señalada ¡quién sabe con qué designio del desconocido Dios!

El doctor Z era en este momento todo calvo...

YZUR

LEOPOLDO LUGONES

Compré el mono en el remate de un circo que había quebrado.

La primera vez que se me ocurrió tentar la experiencia a cuyo relato están dedicadas estas líneas, fue una tarde, leyendo no sé dónde, que los naturales de Java atribuían la falta de lenguaje articulado en los monos a la abstención, no a la incapacidad. "No hablan, decían, para que no los hagan trabajar".

Semejante idea, nada profunda al principio, acabó por preocuparme hasta convertirse en este postulado antropológico:

Los monos fueron hombres que por una u otra razón dejaron de hablar. El hecho produjo la atrofia de sus órganos de fonación y de los centros cerebrales del lenguaje; debilitó casi hasta suprimirla la relación entre unos y otros, fijando el idioma de la especie en el grito inarticulado, y el humano primitivo descendió a ser animal.

Claro es que si llegara a demostrarse esto quedarían explicadas desde luego todas las anomalías que hacen del mono un ser tan singular; pero esto no tendría sino una demostración posible: volver el mono al lenguaje.

Entre tanto había corrido el mundo con el mío, vinculándolo cada vez más por medio de peripecias y aventuras. En Europa llamó la atención, y de haberlo querido, llego a darle la celebridad de un Cónsul; pero mi seriedad de hombre de negocios mal se avenía con tales payasadas.

Trabajado por mi idea fija del lenguaje de los monos, agoté toda la bibliografía concerniente al problema, sin ningún resultado apreciable. Sabía únicamente, con entera seguridad, *que no hay ninguna razón científica para que el mono no hable*. Esto llevaba cinco años de meditaciones.

Yzur (nombre cuyo origen nunca pude descubrir, pues lo ignoraba igualmente su anterior patrón), Yzur era ciertamente un animal notable. La educación del circo, bien que reducida casi enteramente al mimetismo, había desarrollado mucho sus facultades; y esto era lo que me incitaba más a ensayar sobre él mi en apariencia disparatada teoría.

Por otra parte, sábase que el chimpancé (Yzur lo era) es entre los monos el mejor provisto de cerebro y uno de los más dóciles, lo cual aumentaba mis

probabilidades. Cada vez que lo veía avanzar en dos pies, con las manos a la espalda para conservar el equilibrio, y su aspecto de marinero borracho, la convicción de su humanidad detenida se vigorizaba en mí.

No hay a la verdad razón alguna para que el mono no articule absolutamente. Su lenguaje natural, es decir, el conjunto de gritos con que se comunica a sus semejantes, es asaz variado; su laringe, por más distinta que resulte de la humana, nunca lo es tanto como la del loro, que habla sin embargo; y en cuanto a su cerebro, fuera de que la comparación con el de este último animal desvanece toda duda, basta recordar que el del idiota es también rudimentario, a pesar de lo cual hay cretinos que pronuncian algunas palabras. Por lo que hace a la circunvolución de Broca, depende, es claro, del desarrollo total del cerebro; fuera de que no está probado que ella sea *fatalmente* el sitio de localización del lenguaje. Si es el caso de localización mejor establecido en anatomía, los hechos contradictorios son desde luego incontestables.

Felizmente los monos tienen, entre sus muchas malas condiciones, el gusto por aprender, como lo demuestra su tendencia imitativa; la memoria feliz, la reflexión que llega hasta una profunda facultad de disimulo, y la atención comparativamente más desarrollada que en el niño. Es, pues, un sujeto pedagógico de los más favorables.

El mío era joven además, y es sabido que la juventud constituye la época más intelectual del mono, parecido en esto al negro. La dificultad estribaba solamente en el método que se emplearía para comunicarle la palabra. Conocía todas las infructuosas tentativas de mis antecesores; y está de más decir que, ante la competencia de algunos de ellos y la nulidad de todos sus esfuerzos, mis propósitos fallaron más de una vez, cuando el tanto pensar sobre aquel tema fue llevándome a esta conclusión:

Lo primero consiste en desarrollar el aparato de fonación del mono.

Así es, en efecto, como se procede con los sordomudos antes de llevarlos a la articulación; y no bien hube reflexionado sobre esto, cuando las analogías entre el sordomudo y el mono se agolparon en mi espíritu.

Primero de todo, su extraordinaria movilidad mímica que compensa al lenguaje articulado, demostrando que no por dejar de hablar se deja de pensar, así haya disminución de esta facultad por la paralización de aquella. Después otros caracteres más peculiares por ser más específicos: la diligencia en el trabajo, la fidelidad, el coraje, aumentados hasta la certidumbre por estas dos condiciones cuya comunidad es verdaderamente reveladora; la facilidad para los ejercicios de equilibrio y la resistencia al marco.

Decidí, entonces, empezar mi obra con una verdadera gimnasia de los labios y de la lengua de mi mono, tratándolo en esto como a un sordomudo. En lo restante, me favorecería el oído para establecer comunicaciones directas de palabra, sin necesidad de apelar al tacto. El lector verá que en esta parte prejuzgaba con demasiado optimismo.

Felizmente, el chimpancé es de todos los grandes monos el que tiene labios más movibles; y en el caso particular, habiendo padecido Yzur de anginas, sabía abrir la boca para que se la examinaran.

La primera inspección confirmó en parte mis sospechas. La lengua permanecía en el fondo de su boca, como una masa inerte, sin otros movimientos que los de la deglución. La gimnasia produjo luego su efecto, pues a los dos meses ya sabía sacar la lengua para burlar. Ésta fue la primera relación que conoció entre el movimiento de su lengua y una idea; una relación perfectamente acorde con su naturaleza, por otra parte.

Los labios dieron más trabajo, pues hasta hubo que estirárselos con pinzas; pero apreciaba —quizá por mi expresión— la importancia de aquella tarea anómala y la acometía con viveza. Mientras yo practicaba los movimientos labiales que debía imitar, permanecía sentado, rascándose la grupa con su brazo vuelto hacia atrás y guiñando en una concentración dubitativa, o alisándose las patillas con todo el aire de un hombre que armoniza sus ideas por medio de ademanes rítmicos. Al fin aprendió a mover los labios.

Pero el ejercicio del lenguaje es un arte difícil, como lo prueban los largos balbuceos del niño, que lo llevan, paralelamente con su desarrollo intelectual, a la adquisición del hábito. Está demostrado, en efecto, que el centro propio de las inervaciones vocales se halla asociado con el de la palabra en forma tal que el desarrollo normal de ambos depende de su ejercicio armónico; y esto ya lo había presentado en 1785 Heinicke, el inventor del método oral para la enseñanza de los sordomudos, como una consecuencia filosófica. Hablaba de una "concatenación dinámica de las ideas", frase cuya profunda claridad honraría a más de un psicólogo contemporáneo.

Yzur se encontraba, respecto al lenguaje, en la misma situación del niño que antes de hablar entiende ya muchas palabras; pero era mucho más apto para asociar los juicios que debía poseer sobre las cosas, por su mayor experiencia de la vida.

Estos juicios, que no debían ser sólo de impresión, sino también inquisitivos y disquisitivos, a juzgar por el carácter diferencial que asumían, lo cual supone un raciocinio abstracto, le daban un grado superior de inteligencia muy favorable por cierto a mi propósito.

Si mis teorías parecen demasiado audaces, basta con reflexionar que el silogismo, o sea el argumento lógico fundamental, no es extraño a la mente de muchos animales. Como que el silogismo es originariamente una comparación entre dos sensaciones. Si no, ¿por qué los animales que conocen al hombre huyen de él, y no los que nunca le conocieron?...

Comencé, entonces, la educación fonética de Yzur.

Tratábase de enseñarle primero la palabra mecánica, para llevarlo progresivamente a la palabra sensata.

Poseyendo el mono la voz, es decir, llevando esto de ventaja al sordomudo, con más ciertas articulaciones rudimentarias, tratábase de enseñarle las modificaciones de aquella, que constituyen los fonemas y su articulación, llamada por los maestros estática o dinámica, según que se refiera a las vocales o a las consonantes.

Dada la glotonería del mono, y siguiendo en esto un método empleado por Heinicke con los sordomudos, decidí asociar cada vocal con una golosina: *a* con *papa*; *e* con *leche*; *i* con *vino*; *o* con *coco*; *u* con *azúcar*, haciendo de modo que la vocal estuviese contenida en el nombre de la golosina, ora con dominio único y repetido como en *papa*, *coco*, *leche*, ora reuniendo los dos acentos, tónico y prosódico, es decir, como fundamental: *vino*, *azúcar*.

Todo anduvo bien, mientras se trató de las vocales, o sea los sonidos que se forman con la boca abierta. Yzur los aprendió en quince días. Sólo que a veces, el aire contenido en sus abazones le daba una rotundidad de trueno. La *u* fue lo que más le costó pronunciar.

Las consonantes me dieron un trabajo endemoniado, y a poco hube de comprender que nunca llegaría a pronunciar aquellas en cuya formación entran los dientes y las encías. Sus largos colmillos y sus abazones lo estorbaban enteramente.

El vocabulario quedaba reducido, entonces a las cinco vocales, la *b*, la *k*, la *m*, la *g*, la *f* y la *c*, es decir todas aquellas consonantes en cuya formación no intervienen sino el paladar y la lengua.

Aun para esto no me bastó el oído. Hube de recurrir al tacto como un sordomudo, apoyando su mano en mi pecho y luego en el suyo para que sintiera las vibraciones del sonido.

Y pasaron tres años sin conseguir que formara palabra alguna. Tendía a dar a las cosas, como nombre propio, el de la letra cuyo sonido predominaba en ellas. Esto era todo.

En el circo había aprendido a ladrar como los perros, sus compañeros de tarea; y cuando me veía desesperar ante las vanas tentativas para arrancarle la palabra, ladraba fuertemente como dándome todo lo que sabía. Pronunciaba aisladamente las vocales y consonantes, pero no podía asociarlas. Cuando más, acertaba con una repetición de pes y emes.

Por despacio que fuera, se había operado un gran cambio en su carácter. Tenía menos movilidad en las facciones, la mirada más profunda, y adoptaba posturas meditativas. Había adquirido, por ejemplo, la costumbre de contemplar las estrellas. Su sensibilidad se desarrollaba igualmente; íbasele notando una gran facilidad de lágrimas. Las lecciones continuaban con inquebrantable tesón, aunque sin mayor éxito. Aquello había llegado a convertirse en una obsesión dolorosa, y poco a poco sentíame inclinado a emplear la fuerza. Mi carácter iba agriándose con el fracaso, hasta asumir una sorda animosidad contra Yzur. Éste se intelectualizaba más, en el fondo de su mutismo rebelde, y empezaba a convencerme de que nunca lo sacaría de allí, cuando supe de golpe que no hablaba porque no quería. El cocinero, horrorizado, vino a decirme una noche que había sorprendido al mono “hablando verdaderas palabras”. Estaba, según su narración, acurrucado junto a una higuera de la huerta; pero el terror le impedía recordar lo esencial de esto, es decir, las palabras. Sólo creía retener dos: *cama* y *pipa*. Casi le doy de punta-piés por su imbecilidad.

No necesito decir que pasé la noche poseído de una gran emoción; y lo que en tres años no había cometido, el error que todo lo echó a perder, provino del enervamiento de aquel desvelo, tanto como de mi excesiva curiosidad.

En vez de dejar que el mono llegara naturalmente a la manifestación del lenguaje, llamelo al día siguiente y procuré imponérsela por obediencia.

No conseguí sino las pes y las emes con que me tenía hartado, las guiñadas hipócritas y —Dios me perdone— una cierta vislumbre de ironía en la azogada ubicuidad de sus muecas.

Me encolericé, y sin consideración alguna, le di de azotes. Lo único que logró fue su llanto y un silencio absoluto que excluía hasta los gemidos.

A los tres días cayó enfermo, en una especie de sombría demencia complicada con síntomas de meningitis. Sanguijuelas, afusiones frías, purgantes, revulsivos cutáneos, alcoholaturo de brionia, bromuro —toda la terapéutica del espantoso mal le fue aplicada. Luché con desesperado brío, a impulsos de un remordimiento y de un temor. Aquél por creer a la bestia una víctima de mi crueldad; éste por la suerte del secreto que quizá se llevaba a la tumba.

Mejoró al cabo de mucho tiempo, quedando, no obstante, tan débil, que no podía moverse de su cama. La proximidad de la muerte habíalo ennoblecido y humanizado. Sus ojos llenos de gratitud no se separaban de mí, siguiéndome por toda la habitación como dos bolas giratorias, aunque estuviese detrás de él; su mano buscaba las mías en una intimidad de convalecencia. En mi gran soledad, iba adquiriendo rápidamente la importancia de una persona.

El demonio del análisis, que no es sino una forma del espíritu de perversidad, impulsábame, sin embargo, a renovar mis experiencias. En realidad el mono había hablado. Aquello no podía quedar así.

Comencé muy despacio, pidiéndole las letras que sabía pronunciar. ¡Nada! Dejelo solo durante horas, espiándolo por un agujerillo del tabique. ¡Nada! Hablele con oraciones breves, procurando tocar su fidelidad o su glotonería. ¡Nada! Cuando aquéllas eran patéticas, los ojos se le hinchaban de llanto. Cuando le decía una frase habitual, como el "yo soy tu amo" con que empezaba todas mis lecciones, o el "tú eres mi mono" con que completaba mi anterior afirmación, para llevar a un espíritu la certidumbre de una verdad total, él asentía cerrando los párpados; pero no producía sonido, ni siquiera llegaba a mover los labios.

Había vuelto a la gesticulación como único medio de comunicarse conmigo; y este detalle, unido a sus analogías con los sordomudos, hacía redoblar mis preocupaciones, pues nadie ignora la gran predisposición de estos últimos a las enfermedades mentales. Por momentos deseaba que se volviera loco, a ver si el delirio rompía al fin su silencio. Su convalecencia seguía estacionaria. La misma flacura, la misma tristeza. Era evidente que estaba enfermo de inteligencia y de dolor. Su unidad orgánica habíase roto al impulso de una cerebración anormal, y día más, día menos, aquél era caso perdido. Más, a pesar de la mansedumbre que el progreso de la enfermedad aumentaba en él, su silencio, aquel desesperante silencio provocado por mi exasperación, no cedía. Desde un oscuro fondo de tradición petrificada en instinto, la raza imponía su milenarismo mutismo al animal, fortaleciéndose de voluntad atávica en las raíces mismas de su ser. Los antiguos hombres de la selva, que forzó al silencio, es decir, al suicidio intelectual, quién sabe qué bárbara injusticia, mantenían su secreto formado por misterios de bosque y abismos de prehistoria, en aquella decisión ya inconsciente, pero formidable con la inmensidad de su tiempo. Infortunios del antropoide retrasado en la evolución cuya delantera tomaba el humano con un despotismo de sombría barbarie, habían, sin duda, destronado a las grandes familias cuadrumanas del dominio arbóreo de sus primitivos edenes, raleando sus filas, cautivando sus hembras para organizar la esclavitud desde el propio

vientre materno, hasta infundir a su impotencia de vencidas el acto de dignidad mortal que las llevaba a romper con el enemigo el vínculo superior también, pero infausto, de la palabra, refugiándose como salvación suprema en la noche de la animalidad.

Y qué horrores, qué estupendas sevicias no habrían cometido los vencedores con la semibestia en trance de evolución, para que ésta, después de haber gustado el encanto intelectual que es el fruto paradisiaco de las biblias, se resignara a aquella claudicación de su extirpe en la degradante igualdad de los inferiores; a aquel retroceso que cristalizaba por siempre su inteligencia en los gestos de un automatismo de acróbata; a aquella gran cobardía de la vida que encorvaría eternamente, como en distintivo bestial, sus espaldas de dominado, imprimiéndole ese melancólico azoramiento que permanece en el fondo de su caricatura.

He aquí lo que, al borde mismo del éxito, había despertado mi malhumor en el fondo del limbo atávico. A través del millón de años, la palabra, con su conjuro, removía la antigua alma simiana; pero contra esa tentación que iba a violar las tinieblas de la animalidad protectora, la memoria ancestral, difundida en la especie bajo un instintivo horror, oponía también edad sobre edad como una muralla.

Yzur entró en agonía sin perder el conocimiento. Una dulce agonía a ojos cerrados, con respiración débil, pulso vago, quietud absoluta, que sólo interrumpía para volver de cuando en cuando hacia mí, con una desgarradora expresión de eternidad, su cara de viejo mulato triste. Y la última noche, la tarde de su muerte, fue cuando ocurrió la cosa extraordinaria que me ha decidido a emprender esta narración.

Habíame dormitado a su cabecera, vencido por el calor y la quietud del crepúsculo que empezaba, cuando sentí de pronto que me asían por la muñeca.

Desperté sobresaltado. El mono, con los ojos muy abiertos, se moría definitivamente aquella vez, y su expresión era tan humana, que me infundió horror; pero su mano, sus ojos, me atraían con tanta elocuencia hacia él, que hube de inclinarme de inmediato a su rostro; y entonces, con su último suspiro, el último suspiro que coronaba y desvanecía a la vez mi esperanza, brotaron —estoy seguro—, brotaron en un murmullo (¿cómo explicar el tono de una voz que ha permanecido sin hablar diez mil siglos?) estas palabras cuya humanidad reconciliaba las especies:

-AMO, AGUA, AMO, MI AMO...

EL ALMOHADÓN DE PLUMAS

HORACIO QUIROGA

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin darlo a conocer.

Durante tres meses —se habían casado en abril— vivieron una dicha especial. Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso —frisos, columnas y estatuas de mármol— producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de despacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra.

Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

—No sé —le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja—. Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatose una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin oír el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada vez que caminaba en su dirección.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán! ¡Jordán! —clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra. Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

—¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravió, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

—Pst... —se encogió de hombros desalentado su médico—. Es un caso serio... poco hay que hacer...

—¡Sólo eso me faltaba! —resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía

que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas alas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el rumor ahogado de los eternos pasos de Jordán.

Murió, por fin. La sirvienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja—. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente y se dobló a su vez. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

—Parecen picaduras —murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

—Levántelo a la luz —le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Qué hay?—murmuró con la voz ronca.

—Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandós: —sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca —su trompa, mejor dicho— a las sienas de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón había impedido sin duda su desarrollo, pero desde que la

joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

Editorial LibrosEnRed

LibrosEnRed es la Editorial Digital más completa en idioma español. Desde junio de 2000 trabajamos en la edición y venta de libros digitales e impresos bajo demanda.

Nuestra misión es facilitar a todos los autores la **edición** de sus obras y ofrecer a los lectores acceso rápido y económico a libros de todo tipo.

Editamos novelas, cuentos, poesías, tesis, investigaciones, manuales, monografías y toda variedad de contenidos. Brindamos la posibilidad de **comercializar** las obras desde Internet para millones de potenciales lectores. De este modo, intentamos fortalecer la difusión de los autores que escriben en español.

Nuestro sistema de atribución de regalías permite que los autores **obtengan una ganancia 300% o 400% mayor** a la que reciben en el circuito tradicional.

Ingrese a www.librosenred.com y conozca nuestro catálogo, compuesto por cientos de títulos clásicos y de autores contemporáneos.